

HONORIO MAURA

1945

COMEDIA DEL PORVENIR EN TRES ACTOS,

ORIGINAL

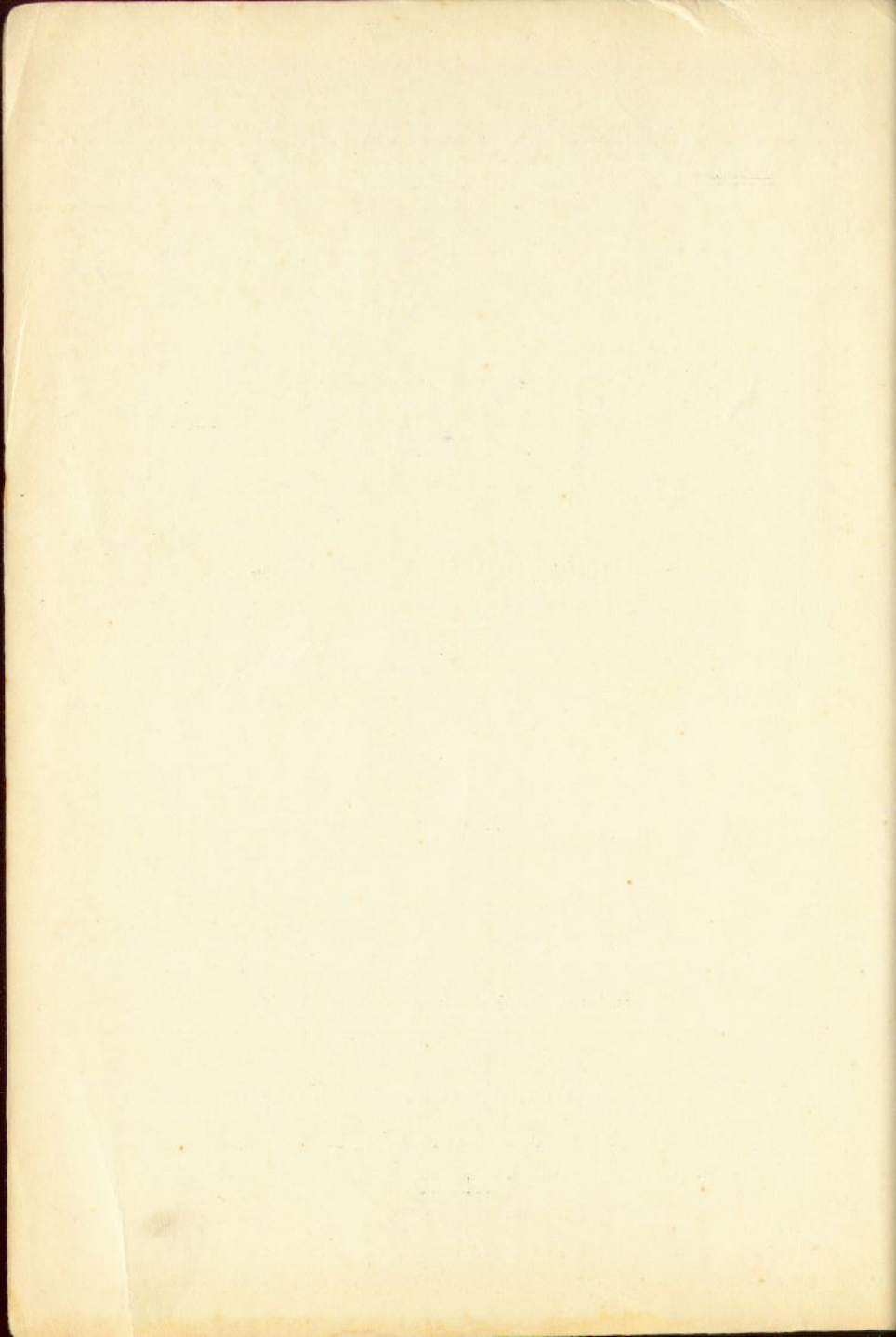
COPIRIGHT, BY HONORIO MAURA. 1924

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, NÚM. 24

MADRID

PRECIO: 3,50 PESETAS



1945

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

||||| 1945 |||||

COMEDIA DEL PORVENIR EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

HONORIO MAURA



Estrenada en el teatro Fontalba, de Madrid, el día 28 de diciembre de 1924.



TALLERES GRAFICOS PIÑERA
MORATIN, 63
MADRID

1948

HONORIO MAL RA

REPARTO

PERSONAJES

GABRIELA.....
MARIA ROSA.....
MARISOL.....
MARGOT.....
ZENAIDA.....
MERCEDES.....
ANGUSTIAS.....
CASILDA.....
ALBERTO.....
SANDOVAL.....
MARZALES.....
MINISTRO GOBERNACION.....
JESUS.....
IVAN.....
REMYNGTON.....
UJIER.....
UN CRIADO.....

ACTORES

Srta. Tapias.
Sra. Peñaranda.
Srta. B. Jiménez.
Sra. Illesca.
» Pérez.
Srta. Quilis.
» C. de Albornoz.
» Nati del Valle.
Sr. Peña.
« Romea.
» Orduña.
» Alan.
» Barrajón.
» Pino.
» Rodríguez.
» Díez Caneja.
» Pacheco.

El Ministro de Gracia y Justicia del tercer acto, es el mismo personaje de la «Zenaida» del segundo acto.

REPORT

THE
STATE OF
NEW YORK
IN SENATE
JANUARY 1880

ALBANY: PUBLISHED BY THE STATE PRINTING OFFICE, 1880.

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón-despacho de una casa elegante. Todo es muy moderno; pero se ve que hay gusto. Estantes, clasificadores y máquinas de escribir, alternan con almohadones, lámparas caprichosas y mesas enanas, junto a cómodos butacones; además de dos aparatos telefónicos corrientes, hay otro transmisor y receptor de telefonía sin hilos con un alta voz. Todo ello más reducido y perfeccionado que los que hoy se estilan. En un rincón, en una gran jaula, habrá un mono con aspecto de viejo y caduco. Un gran calendario, en sitio bien visible, dirá en su hoja: Marzo, 30, 1945. La acción en Madrid.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, ROSA y GABRIELA

(MARÍA ROSA, guapa, joven, escribe a máquina. Entra GABRIELA; veintisiete años; elegante. Entra fumando.)

- GAB. Buenas tardes...
- ROSA. (Incorporándose un poco.) Buenas tardes...
- GAB. ¿Algo nuevo?
- ROSA. Oficial, nada.
- GAB. ¿Y privado?
- ROSA. Poca cosa. Una carta de Memé aludiendo vagamente a...
- GAB. ¿A qué?
- ROSA. ¿A qué quiere usted que sea?
- GAB. ¿Al matrimonio?... ¡Qué gracioso!... Ese se ha

creído que porque hemos flirteado unos días... ¡Claro! Los hombres no piensan más que en casarse... Pues si tuviera que casarme con todos los que me gustan un poco..., estaba divertida.

ROSA. ¿Qué se contesta?

GAB. Una carta muy seca... Que siento que nos hayamos equivocado mutuamente. ¡Yo le creía listo! ¡Pero qué célebre! ¡¡Casarnos!! ¡Que se fije bien que estamos en 1945. (*María Rosa toma notas taquígraficamente.*) Y, sobre todo, que ya estoy harta de él... Total, porque tiene un hoyuelo bastante gracioso cuando se ríe. (*Cambiando de tono.*) ¿Hanedado ya el parte de las cuatro?

ROSA. No; todavía no.

GAB. Pues son ya las cuatro y diez.

ROSA. No tardará. (*En este momento se enciende el sin hilos y se oye una voz, que dice:*)

VOZ. (*Del sin hilos.*) ¡Atención! (*Gabriela se sienta a escuchar.*) 30 de Marzo de 1945. Madrileña de tele-difusión. Parte de las cuatro. Su Majestad ha firmado hoy el decreto poniendo en vigor, a partir del primero de Abril, la nueva forma de matrimonios temporales a prueba, señalado triunfo del partido feminista.

GAB. ¡Y tanto!

VOZ. El general Weyler ha llegado de Baleares en el avión correo mixto de las siete. Hay gran animación para la próxima lucha electoral. Se da por descontado el triunfo del partido feminista integral. A partir del día cinco de abril próximo, el precio de tasa del kilo de pan será rebajado a catorce pesetas con setenta y cinco céntimos. El Gobierno espera poder anunciar en breve una nueva rebaja. (*Con voz más fuerte.*) ¡¡Para el dolor de cabeza, Calmil!!

- GAB. Bueno, basta; anuncios, no... Corta. (*María Rosa se levanta.*)
- VOZ. Los mejores calzados... (*María Rosa apaga.*)
- ROSA. ¿Qué se contesta a la presidenta del Círculo feminista de Chamberí?
- GAB. Una carta muy amable... Allí hay muchos votos... Escribe... (*María Rosa toma notas.*) Mi distinguida amiga: Agradezco vivamente su felicitación con motivo de haber sido elegida Directora del partido feminista integral, desde cuyo honorísimo cargo, procuraré seguir siendo merecedora de la confianza de las que me eligieron. Acepto gustosa el honor de dar una conferencia en ese Círculo el sábado, nueve, disertando sobre el tema «Postura que debe adoptar la mujer española en relación con la nueva ley matrimonial...» (*Suena un teléfono de los corrientes.*) ¿Quieres ver quién es?
- ROSA. (*Al aparato.*) Sí... Diga... Sí... ¿De parte de quién? un momento... (*Tapando el aparato.*) De parte del señor Marzales, el notario.
- GAB. ¿Marzales?... ¿El notario?... Si no le conozco... ¿Estás segura de que pregunta por mí?
- ROSA. Sí, sí, por usted.
- GAB. Que te diga qué quiere.
- ROSA. ¿Podría usted decirme de qué se trata? Soy su secretaria... Ah, sí... Bueno... Un momento. (*Tapando el aparato.*) Dice que es un asunto personalísimo.
- GAB. (*Cogiendo el aparato*) Trae. ¿Quién?... Sí... Al aparato... Usted dirá... (*Escucha un momento con cara de asombro.*) Sí... sí... ¿Qué?... ¿Cómo?... A mí... Pero ¿está usted seguro?... ¿No habrá error?... Sí, sí, la misma: Gabriela del Solar... Pues cuando usted quiera. Si a usted le conviene, ahora mis-

mo... Aquí le espero. (*Cuelga.*) La vida tiene complicaciones realmente insospechadas. (*Pasea pensativa por el cuarto.*) Dime, María Rosa.

ROSA. ¿Habla usted a la secretaria?

GAB. Sí.

ROSA. (*Grave.*) Bien; diga usted.

GAB. ¿Cuánto me supone de pérdida la quiebra que me han anunciado esta mañana de la Estañífera Boliviana?

ROSA. Cerca de un millón de pesetas.

GAB. ¿Y la suspensión de pagos de los Petróleos Santanderinos?

ROSA. Pasados por cero en el balance..., ochocientos cincuenta mil.

GAB. ¿Has rectificado ya el inventario?...

ROSA. Está hecho... Ya sabe usted que mi regla es poder presentar balances de media en media hora...

GAB. ¿De qué capital dispongo en este momento?

ROSA. (*Va a un clasificador, lo abre, saca una hoja de la balance, la lee, y dice:*) Ocho millones cuatrocientas veintisiete mil quinientas treinta y dos pesetas con...

GAB. Basta; te regalo los céntimos. Ahora hablo a la amiga.

ROSA. (*Cambiando completamente de aspecto y tomando el de una persona que trata con otra igual y en confianza.*) Tú dirás.

GAB. ¿Sabes lo que me acaba de anunciar por teléfono ese señor Marzales?

ROSA. No lo sospecho; pero de fijo será alguna mala noticia.

GAB. Te equivocas. Ese señor me anuncia dinero.

ROSA. ¿Dinero?

GAB. Sí. Una herencia.

ROSA. ¿Importante?

- GAB. Unos cinco millones de pesetas.
- ROSA. ¿Y a quién heredas?
- GAB. A un pariente lejano. A un don Augusto Martínez y del Solar... Del que no sabía que hubiera existido. Pero creo que hay condiciones previas.
- ROSA. ¿Y son?
- GAB. A decírmelas viene... En mi caso, tú aceptarías...
- ROSA. Según. Dices que hay condiciones previas.
- GAB. Por lo visto.
- ROSA. Primero hay que saber qué condiciones son esas. Quizá esté en ellas la respuesta a lo que preguntas.
- GAB. Tienes razón. Esperemos. (*Se para delante de la jaula del mono.*)
- ROSA. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que se ha recibido un anónimo...
- GAB. Ya conoces mis órdenes. Al cesto.
- ROSA. Allí van todos. Pero este...
- GAB. ¿Este qué?
- ROSA. Yo creo que merece la pena de ser tenido en cuenta.
- GAB. ¿Qué es lo que dice?
- ROSA. (*Leyendo.*) «La Directora del Partido Feminista Integral, debe tener más cuidado con su conducta privada que el que tenía Gabriela del Solar».
- GAB. ¿Nada más?
- ROSA. Nada menos.
- GAB. Bueno, ¿y qué?
- ROSA. El anónimo tiene razón.
- GAB. ¿Tú crees...?
- ROSA. Yo creo.
- GAB. (*Pensativa.*) Sí...; tal vez... ¿Cuántos flirts llevo desde primero de enero?
- ROSA. (*Poniéndose de pie instantáneamente y volviendo a ser la secretaria.*) Un momento... Memé hace el número 16 de los de este año.

- GAB. ¡Diez y seis!... ¿Y cuánto me ha durado el que más?
- ROSA. (*Examinando el papei.*) No debo ocultarle a usted...
- GAB. De tú, de tú. Ahora habla la amiga.
- ROSA. Pero responde la contable. No debo ocultarle a usted que el promedio de la duración de cada flirt, va descendiendo de una manera alarmante. El record de este año, lo bate Ceneral, el norteamericano.
- GAB. ¡Ceneral! Es verdad. Tenía unos dientes preciosos. ¿Cuánto duró?
- ROSA. Siete días y nueve noches.
- GAB. Siete días y nueve noches... ¡Desconsolador!... Guarda, guarda eso, María Rosa. (*María Rosa obedec.*) ¿Sabes lo que me pasa? La ciudadana está satisfecha; pero la mujer, no.
- ROSA. ¿Por qué?
- GAB. Porque necesito querer.
- ROSA. Pues quiere; pero no mariposees. Eso no es serio. Y, sobre todo, es impropio de quien, como tú dirige un Partido como el nuestro.
- GAB. Ya lo sé.
- ROSA. Pues entonces, ¿por qué no te corriges?
- GAB. Porque no puedo.
- ROSA. Para un jefe de partido no debe haber imposibles.
- GAB. Pues para mí los hay. ¿Qué quieres? Todos los hombres me interesan. Cada uno en su estilo. A todos les encuentro algún atractivo. A Memé el hoyuelo; a Ceneral, los dientes... ¡Es una fatalidad!
- ROSA. Pues decídetelo por alguien de una vez.
- GAB. Eso es lo grave. Cuando me acerco a su vida, ninguno me gusta lo bastante. Para eso me haría falta algo original, algo inédito... Un hombre que no fuera como los demás; que no conociera el amor, que no llegara a mí deformado por otras

pasiones. Un hombre fuerte, sano, inteligente, puro.

ROSA. Un hombre que hubiera tenido la habilidad de presentirte y la abnegación de mantenerse intacto, esperando tu llegada. Algo así como el Everest del sexo feo. ¿No es eso?

GAB. Algo así.

ROSA. Eso es un imposible.

GAB. Por eso tardo tanto en encontrarlo.

ROSA. Pero yo creo que ante todo están el Partido y nuestros ideales.

GAB. De sobra lo sé. Pero si vieras qué poco pesa todo eso, ante unos ojos expresivos o una boca que sabe sonreír...

ROSA. ¡Gabriela!...

GAB. Contigo tengo confianza... Y además, después de todo, ¿qué? No parece sino que los jefes de los partidos masculinos no tienen también sus debilidades.

ROSA. Precisamente nosotras tenemos que dar ejemplo.

GAB. Descuida. Lo procuraré... en la medida de mis fuerzas. Pero te advierto...

ESCENA II

Dichos y MARISOL

(Entra en tromba MARISOL. Una muchacha montísima de unos veintitrés años.)

MARI. ¡Gabriela! ¡¡Gabriela!!

GAB. *(Levantándose.)* ¡Ay, Marisol!... ¡Hija, qué susto!... ¿Qué te ocurre?

MARI. Vengo a pedirte un favor urgente. ¿Puedo hablar contigo dos minutos?

GAB. ¿Pues no has de poder? *(Hace una seña y MARÍA*

- ROSA se levanta y sale por la derecha.) Tú dirás.
MARI. (*Muy agitada.*) Sabes..., se trata de José Antonio.
GAB. ¿De José Antonio?
MARI. ¡Ay, es verdad, qué tonta; tú no estás enterada!
¡Es mi pasión! ¡Un muchacho guapísimo: alto, rubio, con unos ojos azules color Mediterráneo...
¡Si vieras!
- GAB. Bueno, ¿y qué?
MARI. Que estoy loca por él. Le conocí anteaayer. Nos gustamos, nos comprendimos... Resulta que estamos hechos el uno para el otro. El es casado, ¿sabes?
GAB. ¡Qué lástima!
MARI. Al contrario, tonta. Más divertido. Su mujer es una calamidad.
GAB. ¿Ah, sí?... ¿Le engaña?
MARI. No; al revés: es demasiado formal, demasiado casera, muy aburrida, muy mil novecientos veinte.
GAB. ¡Por Dios! Mil novecientos veinte. ¡Qué horror!..
MARI. Figúrate... El me adóra; me lo acaba de decir por el sinhilos, y hemos resuelto hacer un viaje juntos, mejor dicho, lo he resuelto yo, porque él no se atrevía; es algo tímido.
GAB. ¿También mil novecientos veinte?
MARI. No, no tanto; pero un poco a la antigua. Figúrate que al principio, no quería aceptar que fuera yo la que convidase...
GAB. ¡Qué rancio!..
MARI. No, pero ya le he convencido, y por eso he venido a verte.
GAB. ¿Me necesitas?
MARI. Sí, Gaby. Sigo de malas. Esta aventura me coge sin dos pesetas... Anoche perdí treinta mil en el Fémica. Además...
GAB. (*Levantándose.*) ¿Cuánto quieres?

MARI. Psché... No sé. Cincuenta mil... Y, sobre todo, que me prestes tu monoplane Limoén; el mío está hecho cisco. No para. Y como pienso que hagamos una excursión importante...

GAB. ¿A dónde vais?

MARI. Venecia, primero... Egipto, Calcuta, y luego no sé. Acaso California.

GAB. Espera. *(Coge un teléfono.)* María Rosa, trae un cheque de cien mil pesetas.

MARI. No, mujer, cincuenta.

GAB. *(A Marisol.)* En el plan en que vas, con cincuenta no tenéis ni para ir a Pozuelo. *(Al teléfono.)* Y dile a Iván que se prepare para un viaje largo con el biplano Rolls. No... No es para mí... Anda, en seguida.

MARI. ¿De veras me prestas tu Rolls?... *(Abrazándola y besándola.)* ¡Encanto, sol, vida!... ¡Y además cien mil pesetas! No sé cómo podré pagarte.

GAB. *(Sonriendo.)* Con un giro desde Calcuta, si es que ganas.

MARI. No, Gaby: ya sabes lo que quiero decirte. Amigas como tú van quedando pocas... ¡Ay, si vieras qué guapo es... y de ingenuo! Yo creo que ésta es su primera aventura.

GAB. Oye, ¿y tus padres?...

MARI. ¡Bah! Mis padres ya están acostumbrados. Con unas chucherías que les traiga y un poco de coba, aquí no ha pasado nada. Además, dentro de quince días se me ha pasado; me conozco. *(Entra MARÍA ROSA con un cheque en la mano.)*

GAB. *(Dándole a Marisol después de firmarlo.)* Toma.

MARI. Gracias, pichona... Ya sabes, si no te lo envío antes, dentro de quince días...

GAB. No me corre prisa. Entre nosotras... *(A María Rosa.)* Dile a Iván de mi parte que se ponga a las

órdenes de la señorita, por el tiempo que le necesite. (*Marisol la abraza para despedirse.*) Que te diviertas... Y no te vayas a colár demasiado.

MARI. Descuida. Me parece que no ha nacido el que me pesque a mi. Y eso que ese tiene unos ojos... La Costa Azul dentro de unas órbitas... Vaya... Adiós, solín. (*Besos, abrazos y sale como entró, por la derecha.* MARÍA ROSA *la sigue.*)

ESCENA III

GABRIELA *sola*; luego, CRIADO

GAB. ¡La Costa Azul dentro de unas órbitas! ¡Qué loca y qué envidia me da! Tener una ilusión por algo, por alguien, aunque sólo sea por quince días. A mí que la que más no me dura arriba de siete. ¡Qué envidia!

CRIA. Señorita...

GAB. ¿Qué hay?

CRIA. (*Con una bandeja en la mano.*) Este señor que desea ver a la señorita.

GAB. (*Después de leer la tarjeta.*) ¡Ah... Marzales!.. Que pase y que no nos moleste nadie.

ESCENA IV

GABRIELA y MARZALES

(*Entra MARZALES por la izquierda. Es el tipo del hombre moderno. Afeitado, correcto, elegantísimo, guapo, buena facha. Habla más como un hombre de mundo y sport que como un notario. Al verlo entrar Gabriela no puede reprimir un gesto de asombro.*)

GAB. ¿Pero cómo..? ¿Es usted Marzales?

MARZ. (*Inclinándose.*) El mismo, señorita.

- GAB. Pero... ¿Marzales... el notario?
- MARZ. *(Un poco extrañado del asombro de Gabriela, pero sin turbarse.)* Marzales... el notario. Usted creía, sin duda...
- GAB. La verdad, yo me lo imaginaba a usted con bigote y barba... con gafas, con la corbata mal puesta, con un chaquet, pasado de moda... y con... *(Se para como quien va a decir una impertinencia.)*
- MARZ. ¿Y con...? Diga usted... diga usted...
- GAB. *(Muerta de risa.)* No... nada... con nada.
- MARZ. Sí; sea usted franca. Y con ese poquito de motitas blancas en el cuello de la americana que es costumbre llevar entre los notarios que se respetan... y parece ir diciendo: Cepilladme. ¿No es eso?
- GAB. *(Riendo más.)* Sí... eso era.
- MARZ. Pues ya ve usted que no soy como se había imaginado. Y puede que se alegre usted de ello, pero la aseguro que mucho más que usted me alegro yo.
- GAB. Lo comprendo. Es usted desusadamente guapo para notario.
- MARZ. Gracias.
- GAB. De nada. Siéntese usted.
- MARZ. *(Sentándose.)* Cuatro palabras. Doña Gabriela del Solar y de la Unquera, ¿no es eso?
- GAB. Exactamente.
- MARZ. ¿Veinticinco años?
- GAB. Veinticinco años.
- MARZ. ¿Huérfana de padre y madre?
- GAB. Desde los diez años.
- MARZ. ¿Partidaria de la emancipación de la mujer?
- GAB. No; de la igualdad con el hombre ante la ley y la costumbre, que no es lo mismo. Pero...
- MARZ. Comprendo. Esta pregunta no era reglamentaria.

No la hace el notario. La hace José Antonio Marzales.

GAB. ¿Ha dicho usted José Antonio..?

MARZ. He dicho José Antonio. ¿Tampoco imaginaba usted ese nombre sobre un notario?

GAB. (*Mirándole con detenimiento.*) Siga...

MARZ. (*Sacando unos documentos de una cartera.*) Señorita, tengo el gusto y la obligación de comunicarle que hay una cláusula en el testamento de don Augusto Martínez y del Solar, tío segundo suyo, en virtud de la cual y cumpliendo determinados requisitos, puede usted entrar en posesión de cierta parte de la herencia de dicho señor, parte que importa la cantidad de cinco millones de pesetas.

GAB. ¿Y esos requisitos... son?

MARZ. Voy a leerla a usted la cláusula. Dice así: «Si cualquiera de mis parientes hasta el quinto grado, logra representar el distrito de Santa María de las Nieves, al que yo he dedicado toda mi atención y la influencia política de que he dispuesto, entrará en posesión del legado de cinco millones de pesetas que reservo a este fin. Si esta condición no fuera cumplida por ninguno de mis parientes, antes de los diez años siguientes al de mi fallecimiento, los intereses que produzca el capital de este legado, servirán para constituir veinte dotes anuales para veinte muchachas de las más necesitadas del distrito de Santa María de las Nieves». Aquí siguen unas cláusulas referentes a la manera de ejecutar su voluntad en este caso, y que por lo tanto no son de interés para usted.

GAB. De manera que si he comprendido bien, para dejar sin dote a veinte muchachas por año en Santa

María de las Nieves, basta con que yo sea diputada por el distrito.

MARZ. Es decir, usted, o...

GAB. ¡Ah!... ¿Hay más herederos?

MARZ. Hay dos. Uno de ellos se llama Alfonso Sandoval y Martínez del Solar.

GAB. ¿Joven?

MARZ. Entre los treinta y los cuarenta. Confidencialmente le diré que es lo que llaman por ahí una bala perdida.

GAB. Entonces, es simpático.

MARZ. ¡Ah, eso sí! ¡Simpatiquísimo!

GAB. ¿Y ha aceptado?

MARZ. Decir que ha aceptado, sería pálido. Me ha abrazado, me ha besado..., me ha hecho abrazar y besar a su amiguita, que por cierto es muy guapa.

GAB. ¿Sabe que yo existo?

MARZ. Se lo he dicho, cumpliendo con mi deber.

GAB. ¿Y el otro?

MARZ. El otro es más problemático. Se trata de don Alberto García del Solar, que marchó hace ya muchos años a América, y según noticias, vive en Nueva York. Allí se le ha enviado notificación de la cláusula hace ya varias semanas; pero nada sabemos de él. (*Haciendo ademán de levantarse.*) Y una vez cumplida la misión que me traía...

GAB. ¿Tiene usted mucha prisa?

MARZ. (*Mirando al reloj.*) Bastante, señorita.

GAB. Los clientes, sin duda.

MARZ. En efecto, los clientes.

GAB. (*Acercándose a él zalamera.*) Diga usted, Marzales, ¿no le ha dicho a usted nunca nadie que tiene usted unos ojos color Mediterráneo?...

MARZ. Benevolencia suya. Lago de Ginebra, y gracias.

GAB. Haga usted el favor de darme su mano. (*Marzales*

- le da la derecha.*) No, no, la izquierda. Por mucha prisa que tenga usted, me podrá dedicar diez minutos para que lea en ella su destino.
- MARZ. Si a usted la divierte... Pero yo creo que las manos sirven más que para leer en ellas el destino: para escribirlo. Es más útil. Además, casi nunca se acierta.
- GAB. Si embargo... A veces... (*Mirando la mano con detenimiento.*) ¿A ver?... ¿A ver? Va usted a hacer pronto, muy pronto, un viaje. ¿Es cierto?
- MARZ. Tal vez. ¿Lee usted eso en mi mano?
- GAB. Venecia, Egipto, Calcuta... Probablemente, California.
- MARZ. ¡¡Maravilloso!! ¿Es usted maga?
- GAB. ¡Algo! ¡Ah!... Aquí veo una señal infalible. No va usted solo.
- MARZ. ¿No?
- GAB. No. Una mujer le acompaña. Pero no es la suya.
- MARZ. ¿Cómo? ¿No es la mía?
- GAB. No. Es soltera, bajita, monísima... Qué suerte tiene usted, Marzales... ¿A ver? Sí, aquí leo su nombre.
- MARZ. Eso no es posible.
- GAB. Se llama... Marisol.
- MARZ. Gabriela, me está usted asustando.
- GAB. ¿A que tiene usted ya menos prisa?
- MARZ. Mucha menos. Siga, siga usted. Fíjese usted bien en las rayas, a ver si lee que no hace un cuarto de hora, y por una antesala china sumida en la penumbra, en la que estaba esperando José Antonio Marzales a que le recibiera Gabriela de Solar, salía Marisol encantada, porque en vez del «Limoen», le prestaba usted el «Rolls», tan encantada, que no se ha fijado en mí.

- GAB. (*Soltando la mano con rabia.*) ¿Por qué me ha dejado usted hablar?
- MARZ. Puesto que la divertía...
- GAB. ¿De modo que es usted el que lleva la Costa Azul dentro de las órbitas? ¡Qué casualidad!
- MARZ. ¿Verdad?...
- GAB. ¿Y no tiene usted remordimientos de dejar a su mujer?
- MARZ. Si de veras supiera usted leer las líneas de la mano, habría podido comprobar que soy soltero.
- GAB. Adornitos, ¿eh?
- MARZ. Qué le vamos a hacer. Es una pequeña ventajilla. Los casados tienen más éxito.
- GAB. (*Como pensativa.*) ¿De modo que se va usted?
- MARZ. Si usted no dispone otra cosa... Dentro de una hora...
- GAB. ¿Y... deja usted sus asuntos abandonados?
- MARZ. Nada de eso, señorita. Soy hombre ordenado. Tengo cinco empleados, de toda confianza, y un compañero, que es como si fuera yo mismo. Además, con el sinhilos... Me tomo quince días de vacaciones, sentimentales quizá; pero vacaciones, al fin y al cabo.
- GAB. Quince días, ¿eh? ¿Y si resultara que el corazón de Marisol?...
- MARZ. ¿El corazón? Pero ¿cree usted en serio que hay todavía quien utiliza esa viscera?
- GAB. ¿Quién sabe?
- MARZ. (*Se acerca, como si quisiera decir algo; pero luego se contiene.*) ¿Desea usted algo más, Gabriel?
- GAB. No, nada. Que lo pasen ustedes bien. Que lo pasen ustedes «muy bien».
- MARZ. Si alguna vez necesita de mis servicios profesionales... (*Le da una tarjeta.*)
- GAB. Muchas gracias. Lo tendré en cuenta.

- MARZ. Señorita... A los pies de usted.
- GAB. Buen viaje, Marzales.
- MARZ. *(Volviendo casi desde la puerta.)* ¡Ah, se me olvidaba!... Marisol ha venido a pedirle a usted...
- GUB. Eso es cosa de ella y mía...
- MARZ. Usted perdone. Es otra pequeña ventajilla. La he hecho creer que me dejaba convidar... La hacía ilusión... Pero ya comprenderá usted que no soy capaz... ¿Cuánto?
- GUB. ¿A usted qué le importa?
- MARZ. Muchísimo. Diga usted, ¿cuánto? Cincuenta mil?
- GUB. ¿Cincuenta mil pesetas para quince días? No, señor Marzales. Marisol sabe vivir. Me ha pedido cien mil...
- MARZ. *(Sacando un talonario de cheques.)* Cien mil pesetas para dos semanas. En efecto, Marisol sabe vivir. *(Escribe un cheque firma y se lo da a Gabriela que no lo quiere tomar.)*
- GAB. ¿Pero qué hace usted? De ninguna manera... Usted a mí no me debe nada.
- MARZ. Está bien. Dentro de unos días fingiré que ganamos en alguna ruleta de Asia o de América, y se lo enviaré a usted por giro telegráfico y tendrá usted que aceptarlo. José Antonio Marzales es un hombre moderno..., pero no tanto, Gabriela, no tanto...
- GAB. Peor para usted. Es tan cómodo ser moderno...
- MARZ. Cómodo, sí; pero menos digno. ¿No le parece?
- GAB. Sobre eso habría mucho que hablar. Pero..., váyase usted, que le están esperando.
- MARZ. Tiene usted razón. Adiós, Gabriela.
- GAB. Hasta la vista, José Antonio. *(Sale MARZALES.)*

ESCENA V

GABRIELA, y luego MARÍA ROSA e IVÁN

(Apenas ha salido MARZALES, Gabriela corre a un teléfono y llama.)

GAB. ¡María Rosa! ¿Se ha marchado ya Iván? ¿Todavía no? Pues que suba en seguida. Tengo que darle instrucciones. Y tú, ven ahora mismo. *(Cuelga el teléfono y pasea por el cuarto entre nerviosa y contenta; se para ante Voronoff. Entra MARIA ROSA en plan de secretaria.)*

ROSA. ¿Desea usted?

GAB. Contabilidad: Los cinco millones de la herencia a ingresos probables. Hay condiciones, pero las podré cumplir. Ya te explicaré. En el diario del «Flirt» abre una cuenta corriente a nombre de José Antonio Marzales, y abónale, valor hoy, unos ojos color Mediterráneo, realmente únicos. *(María Rosa va al clasificador, saca una hoja de balances y empieza a escribir. Mientras, Gabriela fuma sentada en una butaca.)* ¿Está? Débitale un viaje con una amiga mía, en un biplano mío. *(María Rosa escribe.)*

ROSA. ¿Algo más?

GAB. No. Oyeme. ¿Le has visto?

ROSA. Le he visto.

GAB. ¿Guapo, no?

ROSA. Guapísimo.

GAB. Y original además. No admite que una mujer le convide. *(Se levanta, coge de los brazos a María Rosa, y la sacude con fuerza.)* María Rosa... ¡Mira que si fuera esto por fin el amor!

ROSA. ¿Tantas veces has dicho lo mismo? *(Entra IVÁN,*

el mecánico aviador de Gabriela. Es guapo, de buena facia, alto, distinguido.)

- IVAN. A la orden, señorita.
- GAB. Vas a llevar de viaje una pareja joven.
- IVÁN. Comprendido, señorita, ¿viaje de novios?
- GAB. No. Pero para el caso como si lo fuera.
- IVAN. Aventura. Bien.
- GAB. Déjame hablar y escucha. Consigna: Diariamente, y si es posible dos o más veces al día, me darás cuenta por el sin hilos, de todo lo que puedas observar, empleo del tiempo, conversaciones, palabras, gestos...
- IVAN. ¿Gestos también?
- GAB. También.
- IVAN. ¿De todos?
- GAB. De todos. Corrección exquisita. Nada de volver la cabeza cuando vas guiando. Para eso tienes un espejito al lado de las comandas. El resultado es el mismo y no les cohibes. ¿Comprendido?
- IVÁN. Comprendido.
- GAB. Cuando yo te diga por el sin hilos: ¡basta!, me los traes a Madrid, cueste lo que cueste. ¿Te enteras?
- IVAN. Enterado. ¿Nada más, señorita?
- GAB. Nada más. Ah, sí. Ten cuidado con los baches de aire caliente. Ya sabes que el Rolls tanguera mucho. Vete. ¿Te esperan?
- IVAN. Me han citado en el aeropuerto de Chamartín. Salimos dentro de media hora para Venecia.
- GAB. Está bien. Puedes marcharte. No te olvides de mis encargos.
- IVAN. Descuide, señorita. A la orden, señorita. *(Sale. En este momento suena un teléfono. María Rosa va a él, escucha y dice:)*
- ROSA. En el boudoir está esperando la Irven que acaba

de llegar de París en el sudavión, con todos los trajes. Pregunta si va usted.

GAB. (*Levantándose.*) Voy. Ocupate tú de poner en orden las notas para la conferencia del sábado. (*Sale bailando.*)

ESCENA VI

MARIA ROSA, y luego CRIADO y SANDOVAL

(*María Rosa se pone a trabajar. Se abre una puerta y aparece el CRIADO seguido de SANDOVAL. Este es un hombre de unos treinta y cinco años, buena facha, aspecto simpático, elegante.*)

CRI. Pase el señor y espere. La señorita viene en seguida...

SAN. (*Que no ha visto aún a María Rosa.*) Por mí no se dé prisa. Yo no la tengo jamás. (*Sale el CRIADO. Sandoval se pone a silbar bajito. De pronto ve a María Rosa.*) Usted perdone, señorita. Creí que estaba solo...

ROSA. (*Hace un gesto que quiere decir: no tiene importancia, sonríe y sigue trabajando.*)

SAN. (*Acercándose.*) ¿Es usted la secretaria de mi prima?...

ROSA. (*Extrañada al oír «mi prima».*) Sí, señor.

SAN. Gabriela debe ser una mujer preciosa.

ROSA. ¿En qué lo ha conocido usted?

SAN. Deducción, señorita, pura deducción. Ninguna mujer tolera a su lado otra que valga más. Luego, si usted es así... ¡¡cómo será ella!!

ROSA. Muchas gracias por la parte que me toca... No se ha equivocado usted. Su prima es una mujer única...

SAN. Vaya, me alegro. ¿Quiere usted creer que hasta

hoy por la mañana no sabía que éramos parientes? Cuidado que yo había oído hablar de Gabriela del Solar. Pero como si ojera llover... Es cierto que yo me llamo Martínez del Solar, de segundo apellido... Pero hay tantos Solares en Madrid... (*Maria Rosa rie.*) Y no vea usted en esta frase un retrúecano, que detesto...

ROSA. (*Sería otra vez.*) Usted perdone...

SAN. Creo que es feminista...

ROSA. Dice usted feminista, de una manera...

SAN. Es que no sé a punto fijo lo que es eso...

ROSA. ¿Cuál?

SAN. Lo de ser feminista... Usted, que es su secretaria, debe saberlo...

ROSA. ¿De veras que no está usted enterado de lo que es el feminismo en mil novecientos cuarenta y cinco?...

SAN. De veras. No he tenido tiempo de leer ni de estudiar... La vida no me lo ha permitido...

ROSA. ¿Tiene usted mucho trabajo?

SAN. Mucho, señorita. A los quince años me llamó mi padre a su lecho de muerte, y con la voz entrecortada por los sollozos, me dijo: Alfonso...

ROSA. ¿Se llama usted Alfonso?

SAN. No puedo ocultárselo...

ROSA. Bonito nombre. Que se lo siga usted llamando muchos años...

SAN. Ojalá... Pues me dijo: Alfonso, te dejo una fortuna hecha a fuerza de trabajo y de honradez... A ver cómo te la gastas... Y expiró.

ROSA. ¡Pobre señor!

SAN. Y aquí me tiene usted desde hace veinte años, procurando cumplir la última voluntad del autor de mis días. Eran diez millones de pesetas, y no crea usted que es poco trabajo gastarse diez mi-

llones en veinte años. Pero, en fin, parece que lo voy consiguiendo... Al menos, eso dicen mis administradores, a quienes mi padre bendecirá desde allá arriba, porque me han ayudado bastante...

ROSA. Tiene usted muy buen humor...

SAN. Es lo único que ha aumentado en mi casa desde que me quedé huérfano. ¿Y sabe usted por qué estoy siempre alegre? Porque en el fondo soy muy creyente y no puedo olvidar aquella frase de los pajarillos...

ROSA. ¿De los pajarillos?

SAN. Sí, por Dios, señorita, aquello de: «¿Acaso le faltará nunca el sustento al pajarillo que pía en la enramada?»

ROSA. No es precisamente así...

SAN. Pero parecido... Lo cierto es que desde que la leí no he podido olvidarla, y por las mañanas no rezo más que esta sencilla oración: «Dios mío, no te vayas a olvidar de este modesto gorrioncete el día que vengan mal dadas»...

ROSA. No está mal. ¿Y Dios le ha escuchado?

SAN. Tengo prueba.

ROSA. ¿Ah, sí?

SAN. Sí. Precisamente hoy... (*Entra GABRIELA.*)

ROSA. (*Poniéndose de pie.*) La patrona... (*MARIA ROSA saluda y sale.*)

ESCENA VII

GABRIELA y SANDOVAL

GAB. ¿Mi pariente? (*Dándole la mano.*)

SAN. El mismo... Alfonso Sandoval y Martínez del Solar... (*Le besa la mano.*) Arrepentidísimo de no haberte conocido antes.

- GAB. Muy amable. Siéntate...
- SAN. (*Sentándose.*) Muchas gracias... Oye... Muy apreciable tu secretaria. Tienes muy buen gusto. Se ve que eres de la familia...
- GAB. (*Riendo.*) ¿Ah, sí?...
- SAN. Te lo aseguro...
- GAB. ¿Y a qué debo esta agradable sorpresa?
- SAN. ¿No ha venido por aquí un notario injerto en Apolo... Un depositario de la fe pública con unos ojos de un color azul marino que le envidiaría el propio Mediterráneo?
- GAB. Ha venido.
- SAN. Pues entonces, ya sabes...
- GAB. ¿Qué?
- SAN. ¿Cómo que qué?
- GAB. Sé que tenemos derecho, mejor dicho, que tendremos derecho a una parte de la herencia de un tal don Augusto Martínez y del Solar, a quien no conocía ni de oídas..
- SAN. Tampoco yo le conocía. Esos son los parientes ideales.
- GAB. Muchas gracias.
- SAN. No lo digo por ti. Pero no me negarás que es muy agradable tener un pariente que no te moleste en vida, que si se pone enfermo no tienes que ir durante quince días a preguntar cómo sigue, y que, cuando se muere, te deja...
- GAB. ¿Así que tú has aceptado?
- SAN. ¡¡Figúrate!!
- GAB. ¿No te dan lástima esas veinte muchachas de Santa María de las Nieves?
- SAN. Ninguna. Si se casan sin dote, se casarán por amor, y eso salen ganando. Además, como le decía hace un rato a tu secretaria...
- GAB. María Rosa...

- SAN. Pues como le decía a María Rosa: de un momento a otro habré liquidado la fortuna que me dejó mi padre...
- GAB. ¿Era grande?
- SAN. Diez milloncejos.
- GAB. Caramba, primo.
- SAN. Así, que no quiero ocultarte que, creyente fervoroso como yo soy, esperaba de un momento a otro un auxilio en metálico de la Providencia, cuando se presentó esta mañana el bueno de Marzales. Me explicó la situación; tú, mujer y rica; el otro, en Nueva York, o sabe Dios dónde. Evidentemente, esa herencia la tenía Dios destinada para el pobrecito Alfonso.
- GAB. ¿Tú crees?...
- SAN. ¿Puedes dudarle, Gabriela? Algo durillo va a ser Elecciones... Malas comidas... A propósito... ¿Santa María de las Nieves, hacia dónde cae?
- GAB. Provincia de Segovia, primo.
- SAN. Malo... Embutidos... sospechosos; cabrito frecuente... Y luego tener que estrechar durante dos semanas de ciento cincuenta a doscientas manos diarias... ¡Y qué manos! Qué le vamos a hacer. Resignación. Yo soy muy cristiano.
- GAB. ¿Y yo?
- SAN. ¿Cómo que y tú?
- GAB. Sí, yo, yo... ¿No figuro para nada en esa combinación?
- SAN. ¿A ti qué falta te hace? Tu eres rica.
- GAB. Quiero serlo más.
- SAN. Gabriela... Con la autoridad que me dan el parentesco y el cariño sincero que te he tomado, me permitió darte este consejo: no entorpezcas los designios de la Providencia.

- GAB. Alfonso, eres un fresco. Muy simpático; pero un fresco.
- SAN. No me juzgues tan a la ligera. Aún no sabes por qué he venido a verte.
- GAB. Si no me lo dices...
- SAN. ¿Qué parte de la herencia quieres que te ceda cuando?...
- GAB. No; chanchullos, no... No quiero...
- SAN. ¿Pues entonces, qué es lo que quieres?
- GAB. Quiero luchar.
- SAN. ¿Por Santa María de las Nieves? ¿Cuando tienes todos los distritos que quieres?
- GAB. Por Santa María de las Nieves.
- SAN. (*Levantándose, muy serio.*) Está bien. Lucharemos.
- GAB. (*Riendo.*) No, hombre, no. No te enfades, que no es para tanto. Rivales, bueno. Enemigos, no. Me eres muy simpático. Siéntate. Tenemos que hablar.
- SAN. (*Sentándose.*) Tú dirás.
- GAB. ¿Cuándo son las elecciones?
- SAN. Creo que el mes que viene.
- GAB. ¿Qué programa llevas?
- SAN. Conseguir los cinco millones.
- GAB. No es eso. Pregunto por tus ideas políticas.
- SAN. No tengo.
- GAB. Pues para este caso las necesitabas.
- SAN. Tienes razón. No había pensado en ello. Le preguntaré a Margot.
- GAB. ¿Quién es Margot?
- SAN. (*Haciendo el gesto de dar el brazo izquierdo.*) Mi...
- GAB. ¿Ah..., tú?... (*Repite el gesto de Sandoval.*)
- SAN. Sí.
- GAB. ¿Guapa?
- SAN. No está mal... ¿Y tú? ¿Qué programa llevas?
- GAB. Yo, el mío. Feminismo.

- SAN. Pero ¿qué más queréis? Os han dado el voto, el derecho a ocupar cargos públicos. Podéis ser diputadas, ministras, alcaldesas... ¿No os basta?
- GAB. No; necesitamos igualdad. Igualdad con los hombres.
- SAN. ¿En qué?
- GAB. En todo.
- SAN. ¿Por ejemplo?
- GAB. Por ejemplo. ¿Cuánto tiempo hace que vives con Margot?
- SAN. Cuatro años.
- GAB. ¿Tú no lo ocultas, verdad?
- SAN. ¿Para qué?
- GAB. Tú lo has dicho: ¿para qué? En cambio, supongamos que tuviera yo el capricho de vivir con un hombre que no fuera mi marido... ¿Qué pasaría?
- SAN. ¡Ah! ¿Qué quieres! Eso es la costumbre.
- GAB. ¿Y quién hace la costumbre?
- SAN. No he tenido tiempo de pensar en eso.
- GAB. Pues yo te lo diré. La costumbre la hace el más fuerte, y hasta ahora el más fuerte ha sido el hombre.
- SAN. Y vosotras queréis...
- GAB. Llegar a ser en la vida, por lo menos, tan fuertes como él, y entonces haremos las costumbres a medias.
- SAN. ¿Y eso es el feminismo?
- GAB. Eso.
- SAN. Mira, no está del todo mal pensado. Pero oye, ¿de veras, de veras te presentas por Santa María de las Nieves?
- GAB. De veras; pero quiero demostrarte que soy un adversario leal.
- SAN. Ah, vamos... Piensas retirarte el día antes de la elección.

- GAB. No, no es eso... Verás. Vamos a ir juntos al distrito...
- SAN. ¿Juntos?...
- GAB. Juntos. María Rosa se encargará de hacer los preparativos necesarios para que nos instalemos en la misma casa. Sí, sí... en la misma casa. Allí tendremos cada cual nuestro mayor...
- SAN. Bueno, pero te advierto que yo...
- GAB. Sí, hombre, sí, comprendido. Margot tiene que ir contigo... ¿no es eso?
- SAN. Eso es.
- GAB. Pues irá...
- SAN. ¿No te importa?
- GAB. Nada. Puedes llevar a quien quieras... Lo único que necesito es que antes de ocho días me envíes la lista de las personas de tu séquito para procurarles alojamiento.
- SAN. Eres demasiado amable... Me quitas una preocupación.
- GAB. Soy adversaria leal. ¿Te comprometes tú a serlo?
- SAN. Tienes mi palabra. (*Le da la mano.*)
- GAB. Por lo tanto, haremos nuestra campaña electoral, completamente diáfana, a la vista el uno del otro, sin zancaillas, sin intrigas...
- SAN. Conforme.
- GAB. Los discursos, los «meetings», las reuniones, se podrán celebrar sin la asistencia de los dos.
- SAN. Oye: tú me harás algún discurso que otro, porque yo, la verdad...
- GAB. Te los haré si eres bueno. Por supuesto, nada de compra de votos.
- SAN. No faltaba más... darles dinero, encima...
- GAB. El distrito decidirá. A quien Dios se la dé...
- SAN. San Pedro se la bendiga y se la aumente... Ga-

- briela, eres una mujer encantadora... Así da gusto luchar.
- GAB. Gracias. Oye: ¿nos veremos estos días para ultimar detalles?
- SAN. Cuando quieras. Avisame al ciento sesenta ochocientos noventa y siete Jordán, o por el sin hilos, onda de cuarenta y siete metros.
- GAB. *(Anotando.)* Te avisaré. Adiós, primo; te aseguro que he tenido una verdadera alegría...
- SAN. Y yo. En el fondo, y digan lo que digan, lo único verdad en este mundo es la familia... ¿Nos abrazamos?
- GAB. ¿Por qué no? *(Se abrazan.)*
- SAN. ¿Un beso?
- GAB. ¿Sin segunda?
- SAN. *(Besándola con fuerza.)* Sin segunda, pero déjame que repita... *(Le da otros dos.)*
- GAB. Primo...
- SAN. Perdona... Soy un afectivo.. Además, huérfano desde los quince años... Adiós, Gabriela. Otro beso. *(La besa otra vez.)*
- GAB. *(Separándose.)* Adiós, *Alfonso... *(Le acompaña hacia la puerta.)*
- SAN. ¡Ah! Oye, antes que se me olvide... Procura que la habitación que nos destinen en Santa María no tenga vigas en el techo, porque Margot, cuando ve vigas en el techo tiene la obsesión de contarlas... ¿comprendes?...
- GAB. Comprendo. Tendréis cielo raso, descuida.
- SAN. Gracias... Y por supuesto, hidroterapia, ¿eh?
- GAB. Habrá hidroterapia... ¿Nada más?
- SAN. *(Como haciendo memoria.)* No... creo que eso es todo... No te molestes, no te molestes...
- GAB. Pues no faltaba más. Con un pariente... *(Salen los dos juntos.)*

ESCENA FINAL

GABRIELA y MARÍA ROSA

(Queda la escena sola unos minutos. Se encienden las bombillas del sin hilos y se oye la voz de IVAN que dice:)

IVAN. Señorita... señorita... señorita... *(Entra GABRIELA. Se pone delante del transmisor.)*

GAB. ¡Qué hay?..

IVAN. El señorito que va con la señorita Mari Sol, que quiere hablarla...

GAB. Aquí estoy... que hable...

MARZ. Gabriela: ¿quiere usted que no me vaya?

GAB. ¿Está usted loco? ¿A mí qué me importa su viaje?

MARZ. Está bien. Adiós, Gabriela...

GAB. Vaya usted con Dios... *(Se queda un momento pensativa ante el aparato. De pronto dice:)* Marzales... Marzales... ¿Me oye usted?... Marzales... Marzales...

IVAN. Señorita... señorita...

GAB. ¿Qué hay, Ivan?

IVAN. En este momento salimos... Los dos señoritos...

GAB. Sí... ¿qué?...

IVAN. Van muy juntos en la berlina... Ahora se besan.

GAB. ¡Y a mí qué me importa! Oye: y ahora, ¿qué hacen?

IVAN. Ahora.... *(Se oye un sibido y los ruidos característicos del sin hilos cuando la onda no es la correspondiente al aparato. Gabriela se separa pensativa del aparato. Entra MARÍA ROSA.)*

GAB. Siéntate. Escribe. Contabilidad: Abre una cuenta nueva a Alfonso Sandoval y Martínez del Solar... *(Durante esta frase,*

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Santa María de las Nieves. La escena representa el salón de la casa mejor del pueblo, en la que están instalados GABRIELA y SANDOVAL con sus respectivos séquitos. Máquinas de escribir, teléfonos sin hilos, ficheros. Los muebles son modestos, como corresponde a una casa de pueblo. Hay un gran balcón al fondo que da a la plaza del pueblo. A derecha e izquierda, puertas. El partido de Sandoval vive a la derecha y el de Gabriela a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

MARÍA ROSA y REMINGTON

(Al levantarse el telón, MARÍA ROSA, sentada ante su máquina, escribe en el rincón de la izquierda. REMINGTON, que es un joven de unos veinticuatro años, delgado, más bien guapo, escribe en el rincón de la derecha.)

ROSA. *(Buscando entre sus papeles algo que no encuentra.)*

¡Remington!...

REM. María Rosa...

ROSA. ¿Quiere usted decirme los censos de Alijares y San Martín, que no los encuentro?

REM. Ahora mismo... *(Busca entre sus papeles.)* Alijares...: hombres, 47; mujeres, 93. San Martín...: hombres, 3; mujeres, 112.

ROSA. *(Escribiendo.)* Muchas gracias, Remington.

REM. De nada, señorita...

- ROSA. Diga usted, Remington. ¿Cuál es su verdadero apellido?
- REM. Remington, señorita.
- ROSA. ¿Es usted hijo de padre inglés?
- REM. No, María Rosa; de padre desconocido. A los doce años tomé parte en el concurso infantil de la casa Remington y obtuve el primer premio: 650 letras por minuto. Por lo visto era un record. La casa me adoptó y me dió su nombre para apellido.
- ROSA. ¿Y cuenta usted con esa cara tan alegre una historia tan triste?
- REM. ¿Triste, por qué?... ¿Porque no he conocido a mis padres? Otros que conocen a los suyos tendrían más motivo para estarlo y no lo están... ¿No le parece a usted?
- ROSA. Tiene usted mucha razón, Remington.
- REM. Y en cuanto a lo demás, no puedo quejarme. Con la máquina me gano la vida holgadamente.
- ROSA. Escribe usted con una rapidez pasmosa...
- REM. Yo he nacido para escribir a máquina. Aunque no sé quiénes fueron mis padres, estoy seguro de que eran del oficio. En mi árbol genealógico, debe de haber una Yost y una Underwood.
- ROSA. ¿Hace mucho que está usted en casa del señor Sandoval?
- REM. Hace dos años.
- ROSA. ¿Contento?
- REM. Mucho. Todavía no sé lo que es verle enfadado. Es muy bueno... ¿Sabe usted lo que me dijo ayer?
- ROSA. No. ¿Qué?
- REM. Que como tiene la elección perdida, me dedique a ayudarla a usted.
- ROSA. ¿Y usted lo hace con gusto?
- REM. Figúrese

ESCENA II

Dichos y GABRIELA

(Sale GABRIELA por la izquierda con unos papeles en la mano.)

- GAB. Buenos días...
- ROSA. Buenos días...
- REM. Buenos días, señorita Gabriela...
- GAB. Hola, Remington. ¿Y el jefe?
- REM. En la cama, señorita.
- GAB. ¿En la cama a las once y media y en plena lucha electoral? Así no se ganan unas elecciones.
- REM. Eso le he dicho; pero él me ha contestado: «Más madrugó uno que las perdió...» *(Se oyen en la puerta de la calle unos aldabonazos.)*
- GAB. Me parece que llaman... ¿No habrá nadie abajo?
- ROSA. No creo. Jesús ha ido a unos encargos. Remington, ¿hace usted el favor de bajar a ver quién es?
- REM. Ahora mismo, señorita. *(Sale escapado.)*
- GAB. Buen chico Remington, ¿no?
- ROSA. Excelente. Me tiene loca.
- GAB. ¿Te has enamorado de él?
- ROSA. Mucho me lo temo...
- GAB. Pero... ¿amor ya consumado, o preludios solamente?
- ROSA. Preludios.
- GAB. ¿Habéis hablado ya de ello?
- ROSA. Con los labios, no...
- GAB. ¡Ah, vamos!... Miradas tiernas.
- ROSA. Nada de eso. Con esto... *(Señala la máquina de escribir.)*
- GAB. ¿Os escribís?
- ROSA. Tampoco. Consiste en la manera de teclear. ¡Se pueden decir tantas cosas con una Yost!... Mire.

- (*Teclea suavemente.*) Caricias. (*Teclea con furia.*)
Enójo. (*Teclea a sacudidas.*) Celos.
- GAB. Admirable. ¿De modo que estos chismes son para vosotros una especie de tórtolas mecánicas?
- ROSA. Algo así.
- REM. (*Entrando.*) Es una comisión del partido feminista que viene de Madrid y quiere hablar con usted.
- GAB. ¿Una comisión del partido?... ¡Que pase! (*Sale REMINGTON.*)

ESCENA III

Dichos, menos REMINGTON, ZENAIDA, MERCEDES Y ANGUSTIAS

- (*Entran las tres, bien vestidas y con caras sonrientes. Zenaida representa unos cuarenta años y es regordeta pero buena moza. Es la que lleva la batuta. Mercedes y Angustias son más jóvenes y muy guapas.*)
- GAB. Ustedes por aquí... ¡Qué sorpresa tan agradable!... (*Se besan y abrazan todas.*) ¿Y a qué debo el gusto?
- ZEN. Una misión urgente y confidencial...
- ROSA. Si estorbo...
- ZEN. Nada de eso. La Secretaria general del Partido, puede y debe estar presente...
- GAB. Siéntense... (*Se sientan todas.*) ¿De qué se trata?
- ZEN. Verá usted... Como Directora de nuestro Partido... está usted al corriente del enorme triunfo que vamos a obtener en estas elecciones...
- GAB. (*Un poco en tono de discurso.*) En efecto, la ola feminista está en marcha y nada ni nadie podrá detenerla. (*Las otras la escuchan con la atención servil y aluladora propia de estos casos.*) Dentro de poco habrá quedado reparada una injusticia que data nada menos que de los tiempos de nuestros primeros padres...

- MER. ¿Desde Adán y Eva?
- GAB. Desde entonces. Eva demostró ser muy superior a Adán... La vida en el Paraíso era odiosa, monótona, aburrida...
- MER. Claro... los dos solos... sin nada que hacer en todo el día, sin modistas ni chismes... y para colmo, rodeados de animales de todas clases...
- GAB. En esto último, hemos adelantado poco. Pero de lo que podemos estar orgullosas como descendientes de Eva, es de lo de la manzana...
- ANG. ¿Usted cree?
- GAB. ¿Se atreve usted a dudarlo?... ¿No es un hallazgo genial?...
- ANG. (*Tras breve reflexión.*) Sí... realmente lo de la manzana es muy agradable...
- GAB. Eso no se le hubiera ocurrido nunca a un hombre...
- ZEN. Quite usted, por Dios... ¡Nunca!
- GAB. Pues Eva a los quince días de aburrimiento, dió con ello... Y vea usted lo que es la injusticia masculina... ¿Saben ustedes de algún país donde se haya levantado una estatua a Eva?
- ZEN. No, no... tiene usted razón, de ninguno...
- GAB. Y en cambio Colón las tiene a docenas... ¿Y dónde se va a comparar descubrimiento con descubrimiento?
- ZEN. Yo, la verdad, prefiero el de Eva... América me deja fría...
- GAB. Pero nos hemos alejado involuntariamente de nuestro asunto... Decía usted muy bien, mi querida compañera, que el triunfo de nuestro Partido en España es un hecho...
- ZEN. Y que, por consiguiente, dentro de un par de meses...
- GAB. Estaremos en el Poder... Evidente...

- ZEN. Y como es natural, usted presidirá el Gobierno,
GAB. El Partido me encontrará siempre dispuesta a cualquier sacrificio... fuere el que fuese...
- ZEN. Celebro escuchar esas palabras que facilitan la misión que nos ha traído. (*Después de una pequeña pausa y de carraspear un poco.*) Gabriela... Para nadie es un secreto su... no sé cómo decirlo... su debilidad... mejor dicho, la inclinación que siente usted... y que por cierto habla muy alto en su favor, hacia el sexo contrario...
- GAB. Comprendo. Usted viene a decirme que al Partido le parece mal que me gusten los hombres...
- ZEN. No, por Dios... mi respetada Directora, no se trata de eso... Cómo ha de parecernos mal, una cosa que la que más y la que menos... (*Mirando a sus compañeras.*) ¿verdad?...
- MER. A mí me gustan también con delirio...
ANG. ¡Ay!... y a mí...
ZEN. Tampoco yo les hago ascos... Lo que ocurre, doña Gabriela, es que un partido como el nuestro necesita dar un alto ejemplo en todo... y hay cargos públicos... que por su naturaleza...
- GAB. Bien. Ustedes quieren decirme que un Presidente del Consejo de Ministros, debe ser una persona formal, o por lo menos parecerlo, ¿no es eso?
- ZEN. Exactamente.
- GAB. Y como oficialmente sólo son personas formales las que están casadas... el Presidente del Consejo necesita un marido, ¿no?...
- ZEN. Así es. Pero además de esta razón, hay otra de orden político, que aconseja, que impone... su inmediato matrimonio...
- GAB. ¿Y es?
ZEN. Hace un mes que está en vigor nuestra ley, la nueva ley de matrimonios a prueba... por la que

suspiraban y con razón tantas mujeres españolas, y sin embargo...

GAB. ¿Nadie la utiliza, verdad? Ocurre con esto lo que en los Casinos de provincias... Todo el mundo está deseando que llegue el día del baile... y cuando empieza a tocar la orquesta ninguna pareja quiere ser la primera...

ZEN. *(A sus compañeras.)* Qué comparación tan gráfica... «Como en los Casinos de provincias»... Qué talento, doña Gabriela... Qué lucidez...

GAB. *(Poniéndose en pie y un poco en tono de discurso.)* Mis queridas compañeras... El jefe de un partido que merezca ese honroso título, tiene que estar siempre atento a los latidos de la opinión. Yo os autorizo para que al volver a Madrid, digáis al Partido que este mensaje que por vuestro conducto me envía lo tenía yo previsto y descontado. *(Cara de asombro de María Rosa que va en aumento al oír las frases que siguen.)* Y os ruego que le digáis que su jefe, consciente de los deberes que su cargo le impone, habrá estrenado antes de quince días nuestra ley... y será lo que oficialmente se llama una persona formal... *(Se sienta.)*

ZEN. *(Levantándose como para contestar con otro discurso.)* Me permitiréis, queridas compañeras, me permitirá usted, admirada directora, que me levante llena de emoción, para expresar en nuestro nombre y en el del partido, todo... el profundo reconocimiento.

GAB. Basta..., basta....Discursos, no. Estas horas son horas de lucha... y la oratoria huelga. Ya nos luciremos en el Parlamento. María Rosa, apunta, entre las cosas que tengo que hacer el mes que viene, casarme antes del quince... *(Despidiéndose.)* Mis queridas correligionarias...

- ZEN. Doña Gabriela... No queremos robarle un tiempo precioso... ¿Quiere usted algo para Madrid?
- GLB. Mis saludos a todas aquellas amigas..., y que lleven ustedes muy buen viaje..
- MER. Doña Gabriela..., y hasta pronto.
- GAB. Hasta siempre. (*Ya en la puerta.*) Remingtón, ¿quiere usted hacer el favor de acompañar a las señoras? (*Saludos, etc., y salen las tres.*)

ESCENA IV

GABRIELA y MARIA ROSA

- GUB. Bueno. ¿Qué te ha parecido?
- ROSA. Muy bien. Has estado muy hábil..., como siempre... Pero, ahora, hay que casarse.
- GBU. No hay más remedio.
- ROSA. ¿Y con quién?
- GUB. Eso digo yo. En el horizonte posible, no veo más que a Alfonso... Es simpático, gracioso, manejable...
- ROSA. ¿Querrá?
- GUB. Espero que sí. Para él es una solución. Se va a quedar sin dos pesetas. Además, estos días hemos flirteado algo...
- ROSU. ¿Algo, eh? Eres muy modesta... Hasta Margot lo ha notado.
- GAB. ¿Tú crees?
- ROSA. Estoy segura. Tonta, no es...
- GAB. Pues hay que contar con ella.
- ROSA. ¡Ah!, eso desde luego, si ella se cruza, no hay nada de lo dicho. (*Se oye dentro la voz de MARGOT que habla con alguien.*)
- GAB. Aquí viene. Tantéala tú un poco y luego hablaré yo con ella.

ROSA. ¿Pero estás realmente decidida?
GAB. Sí, hija, sí. El partido ante todo. *(Sale.)*

ESCENA V

MARGOT y MARÍA ROSA

MAR. *(Treinta años, guapa, buena facha, entrando con cara de preocupación.)* ¿Está usted sola, María Rosa?
ROSA. Sola.
MAR. Me alegro, porque quisiera hablar con usted.
ROSA. Usted dirá.
MAR. Es usted una mujer muy inteligente.
ROSA. Eso dicen.
MAR. Y muy observadora.
ROSA. ¿Usted cree?
MAR. Me consta. Necesito su opinión. Dígame, ¿no ha notado usted que Gabriela y mi Alfonso...?
ROSA. *(Como si no comprendiera.)* ¿A qué se refiere?
MAR. De sobra lo sabe. ¿Verdad que...?
ROSA. *(Vaga.)* Sí..., tal vez...
MAR. *(Dando un suspiro.)* ¡Ay! Qué peso me ha quitado usted de encima...
ROSA. *(Extrañada.)* ¿De veras?
MAR. De veras... La voy a explicar... Yo quiero a mi Alfonso con toda mi alma. ¿Comprende usted ahora?
ROSA. Cada vez menos.
MAR. Pues sí... Verá. Mi Alfonso se está arruinando. Dentro de un año no tendrá dos pesetas.
ROSA. ¡Ah, vamos!
MAR. No, no. ¿Qué se figura usted? Yo no soy interesada. ¡Ah! Si él quisiera... Viviríamos los dos modestamente en un pisito pequeño. Yo trabajaría para mantenerle. Pero mi Alfonso es un hom-

bre que no sabe vivir sin lujo. Ha nacido para gastar...

ROSA.

¿Y...?

MAR.

Precisamente de esto es de lo que quería hablarle... No me atrevo.. No sé cómo empezar... (*De golpe y decidiéndose de una vez.*) ¿Usted cree que Gabriela se casaría con mi Alfonso?

ROSA.

Me hace usted una pregunta, que así, de pronto, yo no sé cómo contestar.

MAR.

Usted tiene mucha influencia sobre Gabriela.

ROSA.

No tanta como usted cree.

MAR.

Sí, sí, todo se lo consulta.

ROSA.

Pero luego hace lo que mejor le parece.

MAR.

No importa, ayúdeme usted.

ROSA.

¿A qué?

MAR.

A casarlos. Yo sé que ellos se gustan... (*Con lágrimas en los ojos.*) Y con tal que mi Alfonso sea feliz...

ROSA.

Pero, ¿y usted?

MAR..

Yo soy lo de menos.

ROSA.

(*Después de una larga pausa.*) ¿Quiere usted un consejo?

MAR.

Sí, María Rosa. Dígame.

ROSA.

Hable usted de esto directamente con Gabriela.

MAR.

¿Cree usted que nos entenderemos?

ROSA.

(*Sonriendo.*) Tal vez... Voy a avisarla.

MAR.

¿No se enfadará?

ROSA.

No creo. Gabriela es una mujer muy razonable. (*Sale MARÍA ROSA y queda Margot con cara de preocupación.*)

ESCENA VI

MARGOT y GABRIELA

GAB.

(*Entrando con cara muy amable.*) Buenos días, Margot. ¿Quería usted hablarme?

- MAR. Sí, Gabriela.
- GAB. Ya... Le preocupa a usted el porvenir de Alfonso.
- MAR. Mucho, Gabriela.
- GAB. Y vería usted con gusto que él y yo...
- MAR. Si pudiera ser...
- GAB. Vamos por partes. Dígame... ¿Alfonso es agradable en la intimidad?
- MAR. Eucantador. No es por alabarle; pero yo no he conocido otro hombre más completo que él. Alegre, cariñoso, apasionado...
- GAB. Apasionado, ¿eh?... ¿Mucho?
- MAR. Mucho; créamelo, mucho.
- GAB. ¿Ronca?
- MAR. Alguna vez. Pero debo advertirle que basta el más ligero silbido para que cese. Le tengo muy bien acostumbrado.
- GAB. ¿Caprichos? ¿Extravagancias?
- MAR. Insignificantes. ¡Ah!... Eso sí... No transige con las dos camas. Dice que lo que une el amor, no tiene derecho a separarlo el mueblista.
- GAB. Esa es una teoría molesta.
- MAR. Pero en cambio, le es indiferente la anchura.
- GAB. Menos mal. ¿Y qué lado prefiere?
- MAR. El de la pared, a ser posible. Cuando no hay pared, el lado izquierdo.
- GAB. ¡Ah!... ¿Es algo zurdo?
- MAR. Por eso...
- GAB. ¿Carácter?
- MAR. Angelical.
- GAB. ¿Celoso?
- MAR. No sé. Nunca le he dado motivos.
- GAB. En resumen: muy aceptable, ¿no?
- MAR. Mucho. Puede usted creerme que me desprendo de él con verdadera pena. Pero no tengo derecho a estorbar su felicidad. ¡Le he tomado un cariño!...

- GAB. Lo comprendo, porque es muy simpático.
MAR. Y sabiendo que va a parar a buenas manos.
GAB. Muchas gracias.
MAR. ¡Ah, sí!... Porque yo le aseguro que si no fuera por usted... *(En este momento se enciende el sinhilos y se oye la voz de Iván, que dice:)*
- IVAN. Señorita, señorita...
GAB. *(Poniéndose delante del aparato.)* Aquí estoy; ¿qué ocurre, Iván?
- IVAN. Novedades, señorita.
GAB. Cuenta, Iván, cuenta.
IVÁN. Esta mañana, como le dije ayer, hemos salido de las Azores con rumbo a Santa María. A las nueve y media, cuando volábamos sobre Lisboa, se nos ha acercado otro avión, que venía de América del Norte... ¡Buen aero!... Doble limousine... Alas de aluminio...
- GAB. Bueno, ¿y qué más?... Sigue...
IVÁN. Nos ha preguntado por sinhilos dónde quedaba Santa María de las Nieves. Entonces, el señor Marzales le ha dicho que precisamente nosotros íbamos allí. Al saberlo, ha pedido transbordo, y, por la escala, ha venido al nuestro el señor que viajaba en el otro avión.
- GAB. ¿Quién es?
IVÁN. Creo que es algo pariente de la señorita. Espere un momento, voy a preguntar el nombre. *(Pausa.)* Se llama Alberto García del Solar, y me encarga el señor Marzales que le diga a la señorita que es el pariente de Nueva York.
- GAB. ¡Azúcar!
IVÁN. ¿Cómo dice la señorita?
GAB. No, nada. Oye, Iván, ¿y qué tal es?
IVÁN. No está mal, señorita.
GAB. ¿Guapo?

- IVÁN. Yo no puedo juzgar, señorita; pero a mí me parece que sí.
- GAB. Dile que se ponga al aparato.
- IVÁN. Ahora mismo, señorita.
- GAB. (*A Margot.*) ¿Ha visto usted qué complicación?
- MAR. ¿Es el otro heredero?
- GAB. El propio aplaudido...
- ALB. (*Con marcado acento inglés.*) Allo... ¿Quién quiere hablarme?
- GAB. Gabriela del Solar. ¿Eres mi pariente?
- ALB. Lo soy. Justamente estábamos conversando encima de usted con Marzales y amiga.
- GAB. Encima de mí... ¿Vienes a Santa María?
- ALB. Sí. Verdaderamente tendré un placer real de conocerla.
- GAB. ¿A Santa María o a mí?
- ALB. ¡Oh!... ¡A las dos! (*Entra ALFONSO SANDOVAL con cara de sueño.*)

ESCENA VII

DICHOS y SANDOVAL

- GAB. ¿Y piensas presentarte a diputado?
- ALB. Eso piensa esta mañana; pero verdaderamente no sé lo que piensa esta tarde.
- SAN. (*A Margot, con cara de extrañeza.*) ¿Con quién habla?
- MAR. Con Alberto García del Solar... El de Nueva York... Ha parecido, y viene a presentarse.
- SAN. (*A Gabriela.*) ¡Azúcar!
- GAB. ¿Verdad?... (*Al aparato.*) Bueno, Alberto, pues hasta dentro de un rato, que nos veremos las caras.
- ALB. Esto es. Ya tiene la seguridad que en este momento yo sale ganando.

- GAB. Muy galante... ¿Quién sabe?... Hasta ahora...
(*Apagando el sinhilos.*) Ya lo han oído ustedes: Alberto García del Solar está llegando a Santa María de las Nieves.
- MAR. ¡Qué complicación! Ahora que lo teníamos todo arreglado...
- SAN. ¿Qué es lo que tenfais arreglado?
- MAR. Tu porvenir.
- SAN. ¿Mi porvenir? Y se puede saber...
- GAB. Ya lo sabrás. Luego hablaremos del porvenir; ahora vamos a ocuparnos del presente. (*Va a la izquierda y llama.*) María Rosa..., Jesús..., Remington... ¡Vengan ustedes!...

ESCENA VIII

DICHOS, MARIA ROSA, REMINGTON y JESÚS

(*Entran los tres juntos. Jesús es el dueño de la casa, secretario del Ayuntamiento del pueblo. Un partidillo con pretensiones de señorito. Pelo hasta las cejas. Cejas de doble ancho y la clásica encía formidablemente desarrollada, que sólo se encuentra ya entre los esquimales y en algunos pueblos de Castilla.*)

- JESÚS. ¿Qué desea usted, doña Gabriela?
- GAB. Jesús, dentro de un rato llega a Santa María en avión para presentar su candidatura, un contrincante nuevo.
- JESÚS. Ni una palabra más, doña Gabriela. He comprendido... Como sólo puede aterrizar en las eras, voy a mandar poner unos alambres y unos postes para que se estrompe...
- SAN. (*Dándole un pescozón cariñoso*) Este Jesús siempre tan sensato...
- GAB. Se guardará usted muy bien de hacer semejante

disparate. Ese contrincante es pariente nuestro, y además el avión que trae le pertenece...

JESÚS. Ah... entonces...

GAB. No le he llamado para que le suprima, sino para que le aloje.

JESÚS. ¿Para que le aloje?

GAB. Sí, en esta casa... ¿Tiene algún cuarto disponible?

JESÚS. Ya no queda más que el de la Marceliana, mi mujer, porque yo duermo en el pajar.

GAB. Pues el de la Marceliana.

JESÚS. Pero si es que...

GAB. Antes de media hora estará todo arreglado. María Rosa irá a inspeccionar... ¿Comprendido?

JESÚS. Comprendido.

GAB. Puede usted retirarse...

JESÚS. (*Rascándose la cabeza.*) Pues a la orden... (*Sal.*)

GAB. (*A Remington y María Rosa.*) ¡Escribid! (*Ambos toman notas taquigráficas.*) ¡Electores, un contrincante nuevo va a presentar su candidatura dentro de unas horas, por este distrito... ¿Trae un programa? ¿Trae soluciones para los problemas pendientes? No lo sé... Si las tiene y os gusta, votadle... (*Gesto de asombro de Sandoval y Margot.*) Si, por el contrario, fuera un charlatán más, arrojadle del distrito...

SAN. Eso, eso está bien.

GAB. Yo espero tranquila, (*A Remington.*) y tranquilo, respectivamente, vuestra decisión... A ciudadanos como vosotros no se les engaña fácilmente. (*A María Rosa.*) Tú firma: Gabriela del Solar. (*A Remington.*) Y usted, Alfonso Sandoval. (*A Alfonso.*) ¿Te parece bien?...

SAN. Admirable. Poco más o menos, lo que a mí se me había ocurrido

GAB. ¿Tienes algo que añadir?

- SAN. Si acaso algo que quitar. Lo de que espero tranquilo... etc. Eso de mi tranquilidad es una mentira como un templo...
- GAB. Ya sabes que hay tres ocasiones en las que está permitido mentir: antes de unas elecciones, durante una guerra y después de una cacería...
- SAN. ¡Entonces, adelante!
- GAB. Que se tiren diez mil ejemplares de cada uno de los manifiestos y que los repartan los aviones Ford de propaganda.
- ROSA. ¿Nada más?
- GAB. No... por ahora no. ¡A imprimir! (*Salen REMINGTON y MARIA ROSA.*)

ESCENA IX

GABRIELA, MARGOT Y SANDOVAL

- GAB. Y ahora vamos a hablar de nuestros asuntos. Siéntate, Margot. Siéntate, Alfonso. (*Se sientan los tres.*)
- SAN. Me intrigáis. ¿De qué se trata?
- GAB. Alfonso, espero que te habrás dado cuenta de que en Santa María de las Nieves triunfa el partido feminista...
- SAN. Me he dado cuenta...
- GAB. Por lo tanto, tu situación económica será, dentro de poco, lamentable.
- SAN. A menos que la Providencia...
- GAB. Haces bien en creer en ella. Por mi conducto te trae la solución.
- SAN. ¿Ah, sí? ¿Y cuál es?
- GAB. Me caso contigo.
- SAN. ¿Que te casas conmigo?...
- GAB. Sí...

- SAN. Perdona, Gabriela... No lo tomes a mal, pero eso es imposible...
- GAB. ¿Por qué?
- SAN. Primero, porque vas a ser dentro de poco Presidente del Consejo... y yo detesto la política.
- GAB. Con no ocuparte de ella...
- SAN. ¡Claro! Como si no fuera a encontrármela en casa hasta en la sopa... Comisiones, visitas, banquetes diplomáticos... Y qué desorden... Yo que soy tan puntual para mis comidas. Las once de la noche.. «¿No ha vuelto la señora?»... «No; está en el Congreso. Hay sesión permanente.» La sopa fría... Disgustos, preocupaciones... Revoluciones posibles... Atentados... ¿Comprendes por qué no me caso contigo? (*Mirando a Margot.*) Además...
- MAR. Por mí no lo hagas, Alfonso. Yo estoy resignada.
- SAN. Gracias, Margot, tú siempre tan generosa.
- MAR. Se trata de tu porvenir... Yo creo que debes aceptar...
- SAN. Sería matrimonio temporal, por supuesto...
- GAB. Por supuesto...
- SAN. ¿Cuál de ellos?
- GAB. Yo había pensado elegir el mínimo que autoriza la nueva ley... Dos años... ¿qué te parece?...
- SAN. Psché... Claro que el de dos años es el más leve... Pero casarme yo...
- MAR. Si ustedes me permiten opinar... Yo creo que debían elegir el inmediato superior... el de cuatro años... Porque mi Alfonso es como los buenos vinos, gana mucho con el tiempo... Y en dos años no se puede juzgar...
- SAN. Sí, yo aunque parezco tan desenvuelto, en el fondo soy una naturaleza tímida....

- GAB. Vaya por el de cuatro años... Por supuesto, te señalo una dote...
- SAN. De ninguna manera... ¿Y de cuánto sería?
- GOB. Poca cosa... Dos millones de pesetas...
- SAN. Tratándose de una pequeñez así... se puede aceptar, como un recuerdo...
- MAR. Pero dótele de manera que no pueda disponer más que de la renta, porque mi Alfonso, no conoce el valor del dinero...
- SAN. ¿Y has pensado en alguna fecha?
- GAB. El 15 de mayo, ¿te parece?...
- SAN. ¿No te has fijado en que es San Isidro?
- GAB. ¿Qué más da? ... ¡Ah, eso sí! Nada de infidelidades. Cuando te guste otra más, me lo dices; tú por tu lado y yo por el mío... Esa es la ventaja de la nueva ley...
- SAN. Conformes... Ahora que tú...
- GAB. No compares... En las mujeres eso tiene mucha menos importancia...
- MAR. Por él puede usted estar tranquila... Es de los más monógamos que he visto... ¿No se dice así?..
- SAN. Así se dice... *(En este momento se oye el zumbido de un aeroplano. Los tres corren al balcón.)*
- GAB. Ya están ahí... *(A Alfonso.)* Ya han aterrizado... *(Saluda con el pañuelo.)* Por aquí, por aquí...
- MAR. No tiene mala facha el contrincante...
- GAB. Sí, no está mal...
- SAN. Marzales ha adelgazado...
- GAB. Y Marisol ha engordado un poco... *(Hablando con ella.)* ¡Hola, hola!... ¿Qué tal ese viaje?...
- VOZ. Delicioso... Ya te contaré...
- GAB. Suban, suban... *(Se retiran del balcón. Gabriela y Margot se arreglan un poco al espejo.)*
- SAN. Vamos a conocer al pariente de! otro mundo.

ESCENA X

Dichos, MARZALES y MARISOL.

(Entran Marzales y Marisol. Esta, como siempre en tromba.)

MARI. *(Besos, abrazos.)* ¡Gaby!... ¡Pichona!...

GAB. ¿Qué tal os ha ido?... *(Dando la mano a Marzales.)*
¿Muy felices?...

MARZ. Mucho...

MARI. No te puedes imaginar lo bien que lo hemos pasado... José Antonio es irremplazable... ¿Sabes lo que quiere decir irremplazable?...

GAB. Me lo figuro...

MARI. Con decirte que lo peor que tiene son los ojos...

MARZ. Mariso!, por Dios, que hay gente...

GAB. Son de confianza... *(Presentando.)* Mi pariente Alfonso de Sandoval... Su amiga Margot... Mi amiga Marisol... A Marzales ya le conocéis... *(Se saludan todos.)*

MARI. ¡Y aquellas noches de la India... Gaby!... ¡Qué noches!... ¡Qué noches! ¡No puede haber nada más hermoso!...

SAN. Yo conozco aquello. ¿Verdad que aquel cielo de Calcuta, de noche, parece un manto de terciopelo negro y pedrería?...

MARI. ¡Ah! Yo no sé cómo es el cielo, porque nosotros nos metíamos en el cuarto del hotel a las nueve y no salíamos hasta la mañana siguiente. .

SAN. ¡Ah, vamos!...

MARI. ¡Pues y California!... ¡Qué país...

GAB. ¿También en el cuarto?

MARI. No; allí todo el día al sol, entre naranjos y limoneros... Dicen que hace veinte años era así Andalucía... ¡Chica, tu Rolls, estupendo!... ¡Qué como-

didad! Está una como en su casa, ¿verdad, José Antonio? Y ni un raté... Tres horas de las Azores a Santa María...

GAB. Pero, ¿dónde se ha quedado nuestro pariente?

MARI. Ahora sube. Está abajo contemplando la portada del Ayuntamiento... Es un romántico.

SAN. Sí... Un romántico, pero viene por los cinco millones...

GAB. Por supuesto, os quedáis unos días a hacerme compañía...

MARI. Imposible, pichona. A las tres nos vamos a Madrid. Quiero ver a mis padres para darles la noticia...

GAB. ¿Qué noticia?

MARI. Resulta que José Antonio es soltero, y como a pesar de eso me gusta mucho, nos casamos a prueba... por dos años... (*Entra ALBERTO.*) Mira, aquí tienes al tercer heredero.

ESCENA XI

Dichos y ALBERTO.

(Alberto representa unos treinta y cinco años. Aspecto simpático. Pelo casi gris. Monóculo. Habla con acento inglés bastante marcado y muy reposadamente. Trae en la mano un papel doblado.)

ALB. Buenos días. (*Se para en la puerta; se pone el monóculo, mira con detenimiento a todos los presentes y después se dirige como una flecha hacia Margot.*) ¿Mi pariente seguro? La voz de la sangre no engaña nunca.

MAR. Puede. Pero en ese caso tiene usted muy mal oído porque su pariente está allí. (*Señala a Gabriela.*)

ALB. (*Yendo hacia Gabriela con sus andares rígidos y plantándose delante de ella.*) Tengo un placer real en conocerla y saludarla, Gabriela.

- GAB. Igualmente, Alberto... ¿Has hecho un buen viaje?
- ALB. Los viajes siempre están buenos. Lo que está malo es no viajar.
- SAN. (*Acercándose y poniéndose delante de Alberto.*) Y de mí... ¿No te dice nada de mí la voz de la sangre?
- ALB. (*A Gabriela, después de mirarle de arriba a abajo.*) ¿Quién es este señor?
- GAB. Alfonso Sandoval... el otro pariente nuestro.
- ALB. ¿Verdaderamente?
- GAB. Te lo aseguro.
- ALB. ¡Caramba! Tengo un placer real en conocerle y saludarle, señor.
- SAN. ¿Cómo señor? ¿Qué ceremonias son esas, Albertito? Entre parientes de tú por tú.
- ALB. Yo no habla de tú a nadie... Se me opone mi temperamento poco efusivo y muy reservado.
- SAN. Como quieras... pero nosotros pensamos tutearte, ¿verdad, Gabriela?
- GAB. Por supuesto.
- ALB. Perfectamente. Ustedes tutean a mí y yo usted a ustedes.
- SAN. Es una solución...
- MARI. (*Acercándose a Gabriela.*) Oye, Gaby: ¿tienes un cuarto donde podamos arreglarnos un poco?
- GAB. Ya lo creo... Pasad al mío. Margot, ¿quiere usted enseñarles mi cuarto?
- MAR. Encantada... Vengan por aquí...
- MARI. Pero avísanos cuando empiece el mitin.
- GAB. Descuida... Se os avisará. (*Salen MARISOL, MARGOT y MARZALES.*)

ESCENA XII

GABRIELA, SANDOVAL y ALBERTO

- GAB. Creo que está indicado que celebremos consejo de familia.

- ALB. De familia... Perfecto... Antes que todo, ¿qué significa este papel? (*Desdobra el que tiene en la mano y lee una de las circulares que hace un rato ha dictado Gabriela.*) «Electores: Un contrincante nuevo»... etc. (*Lee el final.*) «Si es un charlatán más, arrojadle del distrito»... para un pariente yo entiendo esta frase es poco amable.
- GAB. Tú eres pariente nuestro... De acuerdo. Pero una lucha es una lucha y teníamos que tomar nuestras medidas.
- ALB. (*Rompiendo el papel.*) Verdaderamente inútil... No sé aún todavía si me presenta, pero sé ya que si me presenta ustedes quedan vergonzosamente derrotadas... Con y sin circulares.
- GAB. (*Con ironía.*) ¿Estás seguro?
- ALB. (*Levantándose.*) ¡Caramba! Yo no afirmo más que cuando estoy bien seguro. (*Vuelve a sentarse.*)
- GAB. Bien. Pues haz el favor de decirnos lo que piensas hacer.
- ALB. Antes tiene que presentarme. Alberto García es un hombre más de cincuenta y una veces millonario...
- SAN. ¿En dólares?
- ALB. En pesetas, que al cambio de hoy valen el doble. Alberto García es un hombre enamorado de lo que está justo y de lo que está bueno.
- GAB. Eso te honra, pero no nos sacas de dudas.
- ALB. Alberto García, no to... le... ra... rá, no tolerará... que los cinco millones de don Augusto vayan a parar a manos que empleen de manera que no esté perfectamente buena, esa moneda.
- GAB. Me parece, Alberto, que te propasas. Tu tienes derecho a presentarte a diputado y a llevarte la herencia, si el distrito te elige. Pero a lo que no tienes derecho...

- ALB. Yo tiene derecho a hacer el que hago...
- GAB. ¿Y se puede saber quién te ha dado ese derecho?
- ALB. El parentesco me da un derecho igual con el de ustedes para la herencia. Mi dinero y mi amor a lo que está justo, me dan el restante derecho. ¿Quieren ustedes seguir esta conversación o prefieren realmente que yo sea más de cincuenta y seis veces millonario?
- GAB. (*Nerviosa.*) Sigue... sigue...
- ALB. Perfectamente. Contesten a mis preguntas. Usted por delante, Sandóval.
- SAN. Sandoval...
- ALB. Pues bien, Sandóval... Tenga usted la bondad de explicarme cuáles son sus ideales...
- SAN. Hombre, Alberte... La verdad... Yo, así de pronto...
- ALB. Comprendo... Carece usted de ideales...
- SAN. No, hombre, no.. verás... Lo que pasa es que como hace veinte años que no me examino de nada... Y ahora me coges de sorpresa... Mira... Te diré... Yo principalmente... soy un filántropo.
- ALB. (*Con cierta admiración.*) ¡Caramba!... Bien, ¡filántropo!, bien...
- SAN. (*Modesto.*) ¿Verdad?... No está mal...
- ALB. ¿Filántropo?... ¡Pruebas!...
- SAN. ¿Pruebas?... Heredé de mi padre diez millones de pesetas... Hoy apenas si me queda medio...
- ALB. Perfecto... ¿Empleo?...
- SAN. ¿Empleo de qué?
- ALB. De estos nueve millones de pesetas.. ¿Asilos?... ¿Escuelas?... ¿Bibliotecas?... ¿Hospitales?...
- SAN. No, no... Verás... Yo he orientado mi filantropía hacia otras esferas... Modistas, tapiceros, joyeros, croupiers...
- ALB. Bien. En lo sucesivo, no diga usted que está un

- filántropo... Diga más bien que está un primo, señor Sandóval...
- SAN. Mira, Alberto; te consiento que me llames primo porque en el fondo puede que tengas razón. Lo que no te tolero, no te to... le... ro... es que me llames Sandóval.
- ALB. ¿Y por qué?
- SAN. Porque mi apellido es Sandoval... Sandoval... Sandoval...
- ALB. ¡Caramba!... Muy justo deseó... No llamará más... Ahora usted, Gabriela...
- GAB. Alberto, me parece que te equivocas... Tú te has creído que estás en una nube, juzgando a los hombres y eso que tienes debajo de tí, es una silla, una modesta silla... ¿Y si yo no te quisiera contestar?
- ALB. ¿Prefiere usted no...?
- GAB. Prefiero no... (*Se levanta malhumorada.*)
- ALB. Perfecto, cada cual es dueño de sus actos propios... (*Va a la puerta de la izquierda y llama a gritos.*) ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!...

ESCENA XIII

Dichos y JESÚS, luego REMINGTON y MARIA ROSA

- JESÚS. (*Entrando.*) ¿Me llamaban?...
SAN. Por lo visto...
ALB. Jesús...
JESÚS. Jesús...
ALB. Gracias. Pues bien, Jesús, antes que todo... (*Saca del bolsillo un fajo de billetes y se lo da.*)
GAB. (*Interponiéndole.*) Soborno, ¿eh?
ALB. No. Gratificación a la vista del público. Está en mi derecho. (*A Jesús.*) Enuméreme brevemente y

con concisión aquellas necesidades que son más urgentes en el distrito.

JESÚS. (*Rascándose la cabeza.*) Las necesidades más urgentes... así, lo que se dice más urgentes...

ALB. Enumere y no rasque...

JESÚS. (*Dejando de rascarse.*) De lo que andamos peor que mal, es de campos para aterrizaje. . No hay más que uno en tó el distrito... El de Cogolludo... En los demás pueblos, los aviones de línea tién que aterrizar en las eras, o ande se pueda...

ALB. Bien. Más necesidades...

JESÚS. Tamién andamos escasos de cañones de esos que hay pa hacer llover... En el distrito de al lao el senador, don Emilio, les ha compraó, deciocho y hacen llover cuantí quieren y más, mientras aquí nos repudre la sequía... Y no es lo pior que se nos agoste la mies, sino la burla que nos hacen...

ALB. Adelante...

JESÚS. Tampoco vendría mal una doceneja de casas pa maestras... que tengo yo dos hijas que lo son... y hay que ver cómo viven...

ALB. ¿Y con esto?...

JESÚS. Yo creo que eso es tó...

ALB. ¿Sabe usted escribir con la máquina?...

JESÚS. Malejamente. Con un deo sólo.

ALB. ¡Caramba! No basta.

SAN. ¿Quieres mi secretario?

GAB. ¿O la mía?

ALB. Verdaderamente. ¿Ustedes me prestan?

GAB. ¡Pues no faltaba más!... (*Llamando.*) María Rosa.

ALB. (*Idem.*) ¡Remington!...

ROSA. (*Entrando.*) ¿Doña Gabriela?

REM. (*Idem.*) ¿Don Alfonso?

GAB. Aquí los tienes.

ALB. (*A Jesús.*) Usted puede realmente marcharse...

- JESÚS. ¿Que me vaya?
- ALB. Esto es. (*Sale JESÚS.*) Antes que todo. (*Saca del bolsillo dos fajos de billetes y ofrece a María Rosa y a Remington.*)
- ROSA. (*Mirando a Gabriela.*) De ninguna manera... no podemos...
- GAB. Podéis... (*María y Rosa y Remington guardan los billetes.*)
- ALB. Escriban ustedes... (*María Rosa y Remington taquigrafían.*) Electores... Votéis a Alberto García.
- GAB. Un momento... Se dice votad... Es por tu bien.
- ALB. Gracias. Votad a Alberto García del Solar. Stop, Ventajas: Alberto García empleará un millón de pesetas a construir aeropuertos en el distrito. Stop. Alberto García regalará al distrito treinta y un cañones pluviales...
- SAN. Aunque sea indiscreción... ¿Por qué treinta y uno?
- ALB. Negro impar y passe... Es mi número más favorito en la ruleta... No me interrumpa... Treinta y un cañones pluviales del mejor sistema. Stop. Alberto García ordenará construir por su cuenta una docena de casas para maestras. las cuales estarán dotadas de agua corriente, caliente y fría y todos adelantos... Stop. Alberto García...
- GAB. ¡Stop!... (*A María Rosa y Remington.*) Escribid: ¡Electores! No votéis a Alberto García...
- ALB. Perdón... Se dice: no votad...
- GAB. Eso era antes. No votéis a Alberto García. Gabriela del Solar, os ofrece exactamente el doble de lo que promete Alberto García... Nada más... (*A Alberto.*) Ahora, puedes seguir...
- ALB. (*Después de contemplar largamente a Gabriela.*) ¡Stop!... Rompan ustedes... (*Remington y María Rosa rompen sus notas.*) Pueden ustedes marchar-

se. *(Salen ambos. A Sandoval.)* ¿Tiene usted realmente interés en estar aquí?...

SAN. ¿Tú quieres que me vaya?

ALB. Esto es.

SAN. ¿Por qué no me lo dices claro? *(Sale.)*

ESCENA XIV

GABRIELA Y ALBERTO.

(En cuanto se quedan solos Alberto dice en tono de humilde que contrasta con el que ha empleado hasta ahora.)

ALB. Alberto García no se presenta diputado contra Gabriela del Solar...

GAB. ¿Por?...

ALB. Porque no .. Deseo no me haga usted más preguntas...

GAB. Pues yo necesito hacerlas.

ALB. Tiempo que usted pierde.

GAB. ¡Ah, vamos!... Te ha asustado mi contraoferta...

ALB. Yo no me asusto por tan poco. ¿Quiere usted un cheque de cincuenta millones de pesetas para sus pobres?

GAB. Pues entonces, ¿por qué has cambiado de opinión? Necesito saberlo.

ALB. Yo ruego otra vez de nuevo, no haga más preguntas...

GAB. Alberto, no me pongas nerviosa...

ALB. Yo no pone nerviosa...

GAB. Pues habla...

ALB. Yo he dicho ya. Yo calla.

GAB. Alberto... Te pido que hables...

ALB. ¿Quiere usted que hable? ¿Verdaderamente?

GAB. Sí... Lo quiero...

- ALB. Bien. Yo hablo. Tengo treinta y ocho años.
- GAB. ¿Y eso qué tiene que ver?
- ALB. Es prólogo. Hace veinte años que esperaba el amor...
- GAB. ¿Y qué más?
- ALB. Ya no lo espero.
- GAB. ¿No?
- ALB. No.
- GAB. ¿Por qué?
- ALB. (*Golpeándose el pecho.*) Ya está aquí...
- GAB. (*Acercándose a él entre interesada y zalamera.*) ¿Qué dices, Alberto?
- ALB. La verdad. Pero la ruego no se acerque usted. Ninguna mujer no se ha acercado nunca tanto a mí, ni yo me he acercado nunca tanto a ninguna mujer...
- GAB. Eso es una broma.
- ALB. Eso es la Epístola...
- GAB. Tú quieres decir el Evangelio...
- ALB. Verdaderamente...
- GAB. ¿Me dejas que te coja la mano para leer?...
- ALB. Coja. Pero quiere que sabe usted que es la primera mujer que me coje la mano...
- GAB. ¿Para leer tu porvenir?...
- ALB. Para nada...
- GAB. ¿Pero es posible que sea verdad eso que estás diciendo?
- ALB. He dicho que yo no afirma más que cuando estoy realmente seguro...
- GAB. Pero óyeme... óyeme, Alberto... De modo que nunca... nunca...
- ALB. Nunca.
- GAB. ¿Pero... nada... nada...?
- ALB. Nada.
- GAB. ¿Un voto acaso?

- ALB. No, refinamiento. Cuando era niño dejaba el más sabroso bocado del plato aparte, para el final. En la vida he hecho lo semejante con el amor...
- GAB. (*Entusiasmada como quien encuentra algo que busca hace mucho tiempo.*) ¿De veras?
- ALB. ¡Caramba!... Yo he dicho...
- GAB. ¡Qué original!...
- ALB. Y además por amor a lo que está justo..
- GAB. Eso no lo comprendo.
- ALB. Yo quiero poder ofrecer a la mujer que me dé su mano lo mismo realmente que yo pretendo exigir...
- GAB. ¡Ah!... ¿Sabes, Alberto, que eres un hombre único!
- ALB. Yo creo también.
- GAB. ¿Y si te dijera que sin conocerte... yo te presentaría?
- ALB. ¿Realmente a mí?
- GAB. O a alguno como tú... Y dime: ¿qué has visto en mí?
- ALB. Nada. Amor está ciego. Yo he sentido sólo que llegaba...
- GAB. ¿Quién?
- ALB. Ya he dicho: ¡Amor! (*Se oye en la plaza el murmullo de la muchedumbre que espera los discursos. Se abre la puerta de la izquierda y entra SANDOVAL.*)

ESCENA XV

DICHOS y SANDOVAL

- SAN. Gabriela... Tenemos que empezar. El pueblo espera...
- GAB. Que espere... ese es su oficio. (*Llevándole un poco aparte.*) Oyeme Alfonso: ¿Te dije antes que te dotaba con dos millones?

- SAN. Sí...
- GAB. Pues te doto con cuatro. Pero te casas con Margot... y estrenas la nueva ley. Yo ya me las arreglaré para no quedarme soltera.

ESCENA FINAL

Entran MARGOT, MARZALES, MARISOL, MARIA ROSA, JESÚS
y REMINGTON

- GAB. Antes de que se me olvide, Marzales: En cuanto llegue usted a Madrid, prepáreme una escritura de donación irrevocable de cuatro millones de pesetas a favor de Alfonso Sandoval. Mañana me la trae para firmarla.
- MAR. Mañana estará aquí.
- GAB. Señora... El distrito espera... María Rosa, prepara el difusor.
- ROSA. Oye: he pedido en tu nombre a la Casa Remington la mano de su hijo adoptivo para mi... ¿He hecho bien?
- GAB. Perfectamente.
- ROSA. Así estrenaré yo también la nueva ley. (*Señalando a Alberto.*) ¿Lucha por fin?
- GAB. No lucha. ¡Me quiere! Es el hombre que yo necesitaba. Figúrate que... (*Le dice algo al oído.*)
- ROSA. (*Mirando a Alberto como a un bicho raro.*) ¡No es posible!
- GAB. Como lo oyes... El Everest del sexo feo. ¿Está ya eso?
- ROSA. (*Después de manipular.*) Está....
- GAB. Avisa. (*Todos se han sentado.*)
- ROSA. (*Delante del aparato.*) ¡Distrito de Santa María! ¡Atención! ¡Discurso del candidato Gabriela del Solar!

GAB. *(Después de carraspear se pone delante del aparato y dice con voz firme:)* ¡Electores! Hay en España tres cosas de las que estamos constantemente oyendo hablar mal, y que sin embargo persisten por su profundo arraigo en el país: las propinas, el corsé y la Monarquía... *(Empieza a caer el telón muy lentamente.)* Fundamentalmente monárquico, el Partido Feminista integral tiene en su programa...

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa el despacho de Gabriela del Solar, actualmente Presidente del Consejo de Ministros de España. Encima del sillón presidencial y de cara al público, habrá un retrato al óleo de Don Alfonso XIII con el pelo y bigote blancos. Muebles apropiados. Una gran mesa. Sillones; puertas a la derecha e izquierda. Teléfonos corrientes sobre la mesa.

(Al levantarse el telón, GABRIELA está despachando MARÍA ROSA, que es la subsecretaria de la Presidencia. Gabriela va vestida con gran elegancia; María Rosa también, dentro de su categoría.)

ESCENA PRIMERA

GABRIELA y MARÍA ROSA

- GAB. *(Firmando.)* ¿Has leído la prensa masculinista de hoy?
- ROSA. La he leído.
- GAB. ¿Nos vapulea?
- ROSA. Fuertemente.
- GAB. Les ha sentado mal el decreto limitando el número de hombres que pueden ejercer la abogacía y la medicina. Pues que se preparen. Tengo otros proyectos en cartera...
- ROSA. Yo creo que no conviene abusar.
- GAB. Cuando necesito tu opinión te la pido. ¿Hay más firma?
- ROSA. Nada más, señora Presidenta.

- GAB. ¿A qué hora es el despacho con Su Majestad?
- ROSA. Han telefoneado de Palacio que Su Majestad estaría de vuelta hacia las cinco y media.
- GAB. Bien... ¿Mucha gente esperando?
- ROSA. Algunas comisiones que tiene usted citadas.
- GAB. Por ejemplo...
- ROSA. Una de antiguos chauffeurs de taxis que vienen a pedir que se revoque el decreto, autorizando sólo a las mujeres para conducir... Realmente quedan en la calle.
- GAB. En la calle, pero vivos. En cambio, los que ellos atropellan... Desde que sólo guían mujeres, hay muchas menos desgracias. Es natural. Una mujer, aunque vaya al volante, no se olvida de lo que cuesta tener los hijos, y respeta los de los demás. Que trabajen en otra cosa.
- ROSA. De eso se quejan. Como para cargos públicos, no siendo soldado voluntario, policía o barrendero, no se admiten hombres...
- GAB. ¿Y los privados?... Que se hagan niñeros, o mozos de cuerda o cocineros. Y, sobre todo, que trabajen sus mujeres.
- ROSA. Es que son solteros.
- GAB. Pues que se casen. El decreto no se revoca. ¿Qué más?
- ROSA. Otra comisión de padres de familia que viene a quejarse de que sus hijos varones menores de veinte años, no pueden salir solos a la calle, sin que sean piroleados y acosados por las tobilleras.
- GAB. Muy justo; atiéndelos. Se tomarán medidas enérgicas. Que se ponga una circular a las Gobernadoras para que castiguen con multas.
- ROSA. ¿Qué le parece?... ¿Cien pesetas por un beso; cincuenta por un pellizco; veinticinco por un piropo?
- GAB. No; ¡pobrecillas!... Excesivo. La vida está tan

- ROSA. cara.. Pon cincuenta, veinticinco y diez. ¿Qué más?
El resto, morralla... Gobernadoras que se despiden; diputadas de la mayoría...
- GAB. ¿No hay ninguna de oposición?
- ROSA. No.
- GAB. Entonces recibe tú; yo estoy muy atareada.
- ROSA. ¡Ah!, se me olvidaba... Acaban de llegar los Ministros de Gobernación y Gracia y Justicia.
- GAB. Tienes razón. No me acordaba que los había citado para las cuatro y media. Que pasen.
- ROSA. Está bien, señora Presidenta. *(Sale MARÍ ROSA; Gabriela coge un teléfono de los que están encima de la mesa.)*
- GAB. Póngame con mis habitaciones particulares. *(Pausa.)* ¿Está el ama?... Que se ponga al aparato.

ESCENA II

GABRIELA, UJIER, MINISTRO *de la Gobernación* y MINISTRO *de Gracia y Justicia*

(El Ministro de la Gobernación es un señor que viste de levita. El de Gracia y Justicia es la Zenaida del segundo acto.)

- UJIER. *(Anunciando.)* El señor Ministro de la Gobernación y el señor Ministro de Gracia y Justicia.
- GAB. Ustedes perdonen... Un momento... *(Gesto de ambos Ministros que significa: «¡No faltaba más!» Se sientan en dos butacas, una a cada lado de la mesa.)* Ama... ¿Qué tal está Albertito? ¿Tiene menos fiebre?... Vaya, menos mal... Y sobre todo, ya sabe: no le dé de mamar más que cada tres horas... ¿Qué?... ¿Qué?... ¿Quién quiere hablarme? ¿El Embajador de Francia?... Póngame por el otro aparato. *(Cambia de aparato.)* ¿Vous allez bien...?

Mesieu l'Ambassadeur... ¿Vous dites?... Oui; si vous voulez a sept heures... Entendu. A tout a l'heure, Mesieu l'Ambassadeur...

- G. y J. ¿Alguna complicación diplomática?
GAB. No. Unos modelos de ropa blanca que ha recibido y me los quiere enseñar. ¿Les he hecho esperar mucho?
GOB. Acabamos de llegar.
G. y J. Yo he recibido su aviso cuando estaba probándome en casa de la modista...
GAB. (*Al Ministro de Gobernación.*) Dígame, señor Ministro. En estos días se nota malestar, descontento. ¿Hay síntomas alarmantes?
GOB. Las últimas leyes dictadas han agravado los motivos de encono, que latén siempre.
GAB. Frases, no, que no estamos en el Congreso. ¿Peligra la vida del Gobierno?
GOB. Hasta donde puedo prever, no lo creo.
GAB. Esos mítines... Esas manifestaciones...
GOB. Fogata de virutas, que dijo un antecesor suyo en ese sillón, señora Presidenta.
GAB. Perfectamente. Es necesario, sin embargo, señor Ministro, que disminuyan esas fogatas, aunque sean de virutas; porque al lado de las virutas están los tablones, y el fuego es peligroso. ¿Está usted seguro de que en Madrid no se conspira?
GOB. A pesar de esa efervescencia aparente, la paz reina en Varsovia.
GAB. A mí Varsovia me tiene sin cuidado. Lo que me preocupa es Madrid, señor Ministro. Necesito que me preparen cuanto antes una ley de represión del masculinismo, severa, atenta a las necesidades del momento. ¿Comprendido?
G. y J. }
Y GOB. } (*A un tiempo*) Comprendido.

- GAB. (*Al Ministro de Gracia y Justicia.*) Bien. A otro asunto. ¿Esa información?
- G. y J. Terminada. Noticias satisfactorias. Mañana hará dos años que inauguró usted la nueva ley de matrimonios a prueba. En estos días vencen más de mil trescientos. No se ha dado el caso de que uno sólo de esos dos mil seiscientos consortes haya pedido la rescisión.
- GOB. ¡Admirable! ¡Qué triunfo, doña Gabriela!
- GAB. ¡Esto marcha! La separación posible, ha matado al divorcio probable.

ESCENA III

Dichos y MARISOL

(Se oye un pequeño altercado entre el Ujier y Marisol. Luego la voz de Marisol que dice:)

- MARI. «Y yo le digo a usted que para mí está siempre.»
(Entra MARISOL en tromba, como de costumbre.)
¡Gabriela!... *(Besos, abrazos.)* Figúrate que el Ujier se empeñaba en no dejarme pasar. Como si entre nosotras no hubiera confianza... *(Saludando a Gracia y Justicia.)* ¿Cómo está usted?... Muchas gracias por su amabilidad... Tenía verdadero interés por ese canónigo. Es mi hermano de leche. *(Inclinación de cabeza a Gobernación.)*
- GAB. ¿Es posible que no se conozcan ustedes?... El Ministro de la Gobernación... La señora de Marzales, diputada de la mayoría... *(Saludos.)*
- MARI. No sé a punto fijo si soy la señora de Marzales. A eso vengo.
- GAB. ¿Pues qué ocurre?
- MARI. José Antonio y yo que no nos entendemos. Basta que yo diga blanco, para que él diga negro. Des-

de que entré en el partido feminista no me puede ver. Como a todos los hombres: le molesta que nosotras...

GOB. Hay excepciones...

MARI. Pocas, pocas, señor Ministro, y todas con cargo. A lo que iba. Como sabía que en estos días venía mi matrimonio, no le daba mayor importancia a estas desavenencias, y para hacer tiempo, me enamoré de un inglés estupendo. No tienen ustedes idea. Fuerte, buena facha; moreno como un gitano. ¡Figúrense!... Un inglés moreno... ¡Tiene unos ojos color tinta Wattermann que enloquecen!

G. y J. (*Con cierta envidia.*) ¿Dice usted que color tinta Wattermann?... Realmente es notable.

MARI. Fuimos a querernos unas semanas a los lagos italianos, y en los lagos se nos fué el santo al cielo y he dejado pasar los diez días de plazo que marca la ley para pedir la rescisión del matrimonio.

GAB. ¡Marisol!... ¡Qué cabeza!

MARI. ¿Qué quieres, hija? Aquello estaba delicioso; la temperatura, ideal; Willy, enamoradísimo; la felicidad, al contado. ¿Quién piensa en plazos?...

GAB. ¿Y ahora, qué pretendes?

MARI. Quiero que José Antonio no se salga con la suya. Se empeña en que tengo que ser dos años más la mujer de un notario. Nada más que por hacerme rabiar; porque en el fondo está deseando que me vaya. Y he venido a que me firmes un decretito apropiado.

GAB. (*Al Ministro de Gracia y Justicia.*) ¿Se puede hacer algo?

G. y J. La ley está terminante. Pasados los diez días de plazo, se considera reválido el matrimonio por dos años. Sin embargo, no está previsto el caso

- de qué el recurrente sea Diputado de la mayoría.
- GAB. Tiene usted razón... Por ahí, por ahí...
- G. y J. La concederemos una prórroga de un mes, basándonos en su ausencia forzosa de Madrid, comisionada por el Gobierno, para estudiar el régimen municipal de las orillas del lago de...
- GAB. Ya lo sabes; complacida. Pero otra vez no se te vaya a ir el santo al cielo.
- MARI. Descuida. Dejaré hecho lo necesario antes de salir para Escocia.
- GAB. ¿Con Willy?
- MARI. No. Willy se lo he traspasado a una amiga que hace colección de ingleses. Ya sabes mi lema. El de la mariposa: Liba y no pernoctes. Ahora me voy con un italiano que tiene unos ojos...
- GAB. ¿Color?...
- MARI. Hoja de álamo en otoño. Y además, una voz tan melodiosa que te pregunta: «¿Qué hora es...?», y te parece que estás en la ópera. (*Al Ministro de Gobernación.*) Por cierto que tenía que pedirle a usted un favor y no recuerdo ahora... ¡ah, sí! Quisiera para mi amigo la Gran Cruz de Carlos III.
- GOB. Eso es cosa de mi colega el Ministro de Estado; pero se lo recomendaré con todo interés. ¿Cómo se llama su recomendado?
- MARI. Orlandini. Carlo Orlandini. (*Gobernación apunta.*)
- GOB. ¿Y qué méritos puede alegar?
- MARI. Ninguno. Pero yo estoy segura que la banda irá admirablemente con el color de sus ojos. De frac estará guapísimo.
- GOB. Es una razón muy digna de tenerse en cuenta.
- MARI. No se olvide, ¿eh? Vaya, no les molesto más, que a lo mejor tienen ustedes algo serio de que hablar. (*A Gabriela.*) Y ya sabes; si te hago falta para al-

guna votación, no tienes más que avisarme. De Escocia a la Plaza de las Cortes, tres horas y cuarto. Me voy, que a las cinco me espera Orlandini. (*Dando la mano a los dos Ministros.*) Y un millón de gracias por todo.

G. y J. Por Dios... Tratándose de una Diputada de la mayoría... (*Sale MARISOL en tromba, como entró.*)

GAB. Quedamos en que me prepararán para el Consejo de mañana, un proyecto de represión del masculinismo.

G. y J. ¿Líneas generales?

GAB. Mano dura. Nada de contemplaciones. No olviden que nos han estado llamando durante mucho tiempo el sexo débil.

G. y J. Para el Consejo de mañana estará el proyecto.

GAB. (*A Ministro Gobernación.*) Y usted ya sabe: vigilancia, mucha vigilancia... (*Suena el timbre de un teléfono; Gabriela se pone al aparato.*)

GOB. ¿Quién?... ¿De Gobernación?... Sí, sí; aquí está el señor Ministro... Ahora mismo. (*A Gobernación.*) Le quieren hablar del Ministerio... Asunto urgente.

GOB. (*Intranquilo.*) ¿Qué será?... (*Se pone al aparato y desde las primeras palabras que escucha empieza a palidecer.*) ¿Qué?... ¿Está usted segura?... No es posible... (*Gabriela y Gracia y Justicia esperan ansiosos el final de la conversación.*) ¿Dice usted que los Sindicatos Masculinistas...? ¿Todos?... Bien. Ahora mismo voy al Ministerio. (*Cuelga.*)

GAB. ¿Qué pasa?

GOB. Me telefona la subsecretaria, que en este momento están reunidas las representaciones de los Sindicatos masculinistas, para tomar acuerdos que pueden comprometer seriamente la vida del Gobierno.

- GAB. ¿Qué acuerdos son esos?
- GOB. Aún no lo sabemos.
- GAB. Está bien. Dentro de media hora voy a despachar con Su Majestad. Para entonces necesito una información detallada y exacta de lo que pasa, o de lo contrario... ¿Me ha comprendido usted, señor Ministro?
- GOB. He comprendido, señora Presidenta.
- GAB. A las siete, Consejo de Ministros aquí. Voy a citar ahora mismo.
- G. y J. No olvide usted que a esa hora la espera el Embajador de Francia, para los modelos de ropa blanca.
- GAB. ¡Ay; es verdad!... Entonces el Consejo a las siete y media. Lo primero es lo primero. Hasta luego.
- GOB. } Hasta luego, señora Presidenta... *(Salen los*
- G. y J. } *MINISTROS.)*

ESCENA IV

GABRIELA, MARÍA ROSA, y luego MARGOT y SANDOVAL

(En cuanto se queda sola Gabriela, llama a un timbre y luego pasea, esperando. Entra MARÍA ROSA.)

- GAB. Cita para Consejo a las siete y media.
- ROSA. Perfectamente. El Director de Seguridad, y su marido desean verla con urgencia.
- GAB. Que pasen. *(Sale MARÍA ROSA. A los pocos segundos entran MARGOT y SANDOVAL. Los dos traen cara de preocupación.)*
- MAR. ¿Sabe usted ya la noticia?
- GAB. Sé algo... Los Sindicatos..., ¿no?....
- SAN. Los Sindicatos.
- GAB. ¿Qué es lo que traman?
- MAR. Algo muy serio. En este momento están reunidos los jefes.

- GAB. ¿Dónde?
- MAR. En la «Casa del Hombre».
- GAB. Que vayan dos comisarios y suspendan la reunión.
- SAN. Eso no puede ser, Gabriela.
- GAB. ¿Por qué?
- SAN. Porque... (*A Margot.*) ¿Verdad que eso no puede ser?
- MAR. No, señora Presidenta.
- GAB. ¿Me queréis explicar?
- SAN. Porque el jefe de ese movimiento...
- GAB. ¿Qué..., quién es el jefe?...
- SAN. (*A Margot.*) Díselo tú.
- GAB. Pero ¿qué misterios son esos? El nombre; venga el nombre.
- MAR. El jefe del movimiento es su marido.
- GAB. ¿Alberto?
- GAB. El mismo.
- GAB. ¿Alberto conspirando contra mí?... No es posible... Alberto..., el marido modelo..., el hombre de su casa..., de su hogar..., ¿sindicado y revolucionario?... ¡No lo puedo creer!
- MAR. Créalo usted, señora Presidenta.
- GAB. Pruebas, pruebas.
- MAR. Hemos logrado colocar un teleobservador en el cuarto donde se reúnen. ¿Quiere usted verlos?
- GAB. ¿No he de querer?
- MAR. (*Yendo a la puerta de la derecha.*) ¡Casilda, trae el aparato!...

ESCENA V

Entra CASILDA, que es una agente de la secreta. Viste con sencillez, de oscuro. Lleva un bastón de cayada, y trae en la mano una caja de tamaño regular con hilos para enchufe. Al entrar, hace una reverencia a Gabriela.

- MAR. Casilda... Prepara... (*Casilda pone sobre la mesa el*

aparato. Enchufa un hilo. Manipula. Luego mira por el aparato, y dice:

CAS. Ya está...

GAB. *(Asomándose.)* ¡Es verdad! Les veo perfectamente. Son ocho. Todos escuchan a Alberto. ¿Cuántos Sindicatos hay?

MAR. Siete: el «Unico», el «Cristiano», el «Unico bis», el «Reformista», el...

GAB. ¿Y Alberto, a cuál pertenece?

SAN. A ninguno. Lo que ha hecho es ponerles de acuerdo. Le llaman el «sindicador de los Sindicatos».

GAB. *(Paseando nerviosa por el cuarto.)* Bien... *(Con calma y tranquilidad un poco fingidas. Sandoval la da un cigarrillo, que enciende. Da dos o tres chupadas.)* ¡Margot!...

MAR. ¡Señora Presidenta!

GAB. ¿Una agente de confianza para una misión urgente?

MAR. *(Señalando a Casilda.)* Esta misma.

GAB. *(A Casilda, que se cuadra al dirigirle la palabra Gabriela.)* Vaya usted a la «Casa del Hombre». Pregunte usted por el señor García del Solar y dígame que la Presidenta del Consejo le ruega..., fíjese bien..., le ruega que se pase por aquí inmediatamente.

CAS. ¿Y si se negara?

GAB. *(Tras breve reflexión.)* Si se negara, lo trae usted por la fuerza... Con miramientos... Sin brutalidades... Nosotras somos nosotras... Vaya usted...

CAS. A la orden, señora Presidenta. *(Sale CASILDA.)*

GAB. Por ahora, nada más. Ni una palabra de esto a nadie, hasta nueva orden.

ESCENA VI

DICHOS y UJIER

- UJIER. (*Entrando.*) Señora Presidenta...
- GAB. ¿Qué hay?
- UJIER. (*Entregando una tarjeta en una bandeja.*) Este señor, que desea ver con urgencia a la señora Presidenta.
- GAB. (*Leyendo la tarjeta.*) ¡Ah! Que pase. (*A Margot y Sandoval.*) Esperadme ahí fuera por si os necesitara luego. (*Salen MARGOT y SANDOVAL.*)

ESCENA VII

GABRIELA y MARZALES

- MARZ. (*Entra MARZALES encantado de la vida.*)
- GAB. (*Besándola la mano.*) ¿Cómo estás, Gabriela?
- MARZ. Bien, ¿y tú, José Antonio?
- MARZ. Tú cada día más guapa.
- GAB. A pesar de las oposiciones... ¿Qué hay de nuevo?
- MARZ. Tú dirás.
- GAB. ¿Yo?
- MARZ. Sí. ¿No me has mandado llamar?
- GAB. No. Debe de haber error.
- MARZ. No creo. He recibido este volante hoy por la mañana. (*Saca un volante y se lo da a Gabriela.*)
- GAB. (*Leyendo.*) «Presidenta del Consejo de Ministros, ruega a su distinguido amigo don José Antonio Marzales, se sirva pasar por la Presidencia a las cinco de la tarde de hoy, para un asunto profesional y urgente» ...¡Qué raro! Yo no he mandado poner este volante.
- MARZ. ¿Será una broma?
- GAB. ¿A ver? (*Coge otra vez el volante.*) ¡Ah!... Mira... Encima de «La Presidenta del Consejo» dice con le-

tra muy menuda: «El marido de...» Este volante es de Alberto.

MARZ.

Ah..., de tu marido. ¿Y qué quiere?

GAB.

No lo sé. Pero pronto saldremos de dudas, porque va a llegar de un momento a otro. Por cierto, dime... ¿Tú estás sindicado?

MARZ.

Como todos... los hombres.

GAB.

¿A qué grupo perteneces?

MARZ.

Al sindicato único «bis». Sección: Maridos descontentos... ¿Por qué me preguntas eso?

GAB.

Habéis recibido instrucciones recientes.

MARZ.

Ya comprenderás... Gabriela.

GAB.

Puedes hablar sin miedo. Ahora soy Gabriela del Solar.

MARZ.

En ese caso... Esta noche a las once se nos radiocomunicarán los acuerdos que debe estar tomando a estas horas la Directiva.

GAB.

¿Y no sospechas?

MARZ.

Ni idea. Los sindicatos no hacemos más que obedecer; pero, ¿por qué me preguntas eso?

GAB.

Por nada. Vamos a dejar esta conversación. ¿No sabes? Marisol ha estado aquí hace un rato.

MARZ.

Me lo imaginaba...

GAB.

¿Sabes a qué ha venido?

MARZ.

Como si lo viera... a pedirte que le arreglaras la rescisión de nuestro matrimonio, ¿no?

GAB.

Exactamente.

MARZ.

Y tú, como es natural, la has complacido.

GAB.

¿He hecho mal?

MARZ.

Has hecho bien. Solidaridad. Cuando mandábamos los hombres... hacíamos lo mismo.

GAB.

Menos cuando se cruzaba una mujer de por medio...

MARZ.

¡Bah! También ahora. Cuando los hombres quieren...

- GAB. ¿Qué quieres decir?
- MARZ. Que habéis hecho un mal negocio.
- GAB. ¿Por qué?
- MARZ. Cuando los hombres teníamos el Poder... eran las mujeres en realidad las que mandaban... Una intriguilla... credencial; un ruego... decreto; una escena... ley. En cambio, ahora que el Poder está en vuestras manos, somos nosotros los que disponemos. Antes se decía para explicar ciertas cosas: «Hay faldas de por medio.» Ahora se dice: «Intervienen unos pantalones.»
- GAB. ¿Tú crees?
- MARZ. Estoy seguro.
- GAB. Puede que te equivoques...
- MARZ. Tal vez... Lo cierto es que conmigo te has portado muy mal.
- GAB. ¿Por qué?
- MARZ. Porque podías haberme consultado antes de complacer a Mærisol.
- GAB. Una amiga es una amiga... y además de la mayoría...
- MARZ. Aunque yo sea de oposición, me tengo por buen amigo tuyo.
- GAB. Lo sé y te correspondo.
- MARZ. ¡Pruébame!
- GAB. ¿Cómo?
- MARZ. Deshaciendo lo que has hecho en favor de Mærisol...
- GAB. ¿No ves que me pides un imposible?
- MARZ. (*Coqueteando.*) ¿De veras... de veras... es tan imposible?
- GAB. (*Más blanda.*) Hombre... claro que imposible.. imposible, no hay nada en política, pero muy difícil sí.

- MARZ. Más mérito. Anda... Gabriela... Yo te pido que lo hagas...
- GAB. Pero José Antonio...
- MARZ. Anda... Gabrielita, sé buena.
- GAB. *(Con cierto despecho.)* ¿Tanto la quieres?
- MARZ. No, no es eso... pero hazlo...
- GAB. *(Después de mirarle los ojos y vacilar un momento.)*
¡Ay, ese Mediterráneo... ese Mediterráneo es la obsesión de los gobernantes... Para que no puedas decirme que no soy amiga tuya. *(Va al teléfono para llamar.)*
- MARZ. *(Deteniéndola.)* ¿Qué vas a hacer?
- GAB. Dar contraorden... ¿No es eso lo que querías?
- MARZ. No... eso me tiene sin cuidado...
- GAB. Pues entonces, ¿qué?
- MARZ. ¿No lo has comprendido? Yo lo que quería era saber... *(Se acerca a ella.)*
- GAB. *(Conquistada.)* ¡Ah! Tú lo que querías era saber...
- MARZ. *(Más cerca todavía.)* Sí...
- GAB. ¿Y ahora qué sabes?
- MARZ. Lo que me imaginaba... Que habéis hecho un mal negocio. *(Llaman a la puerta.)*
- GAB. *(Contrariada.)* ¡Adelante!

ESCENA VIII

DICHOS, ÚJIER y luego ALBERTO

- GAB. ¿Qué pasa?
- ÚJIER. Es el señor.
- GAB. *(Como en las nubes)* ¿Qué señor?
- ÚJIER. El señor... El marido de la señora Presidenta.
- GAB. *(Poniendo cara severa.)* Que pase... ese señor. *(Sale el ujier y entra ALBERTO con la mayor naturalidad.)*
Ven aquí... Mírame. *(Le mira fijamente.)* ¿De dónde vienes?

- ALB. *(Sin hacer caso de su mujer.)* ¿Cómo está usted, Marzales. Ha recibido mi aviso? *(Marzales va a contestar.)*
- GAB. *(Interponiéndose.)* ¿Se puede saber para qué necesitas tú a Marzales?
- ALB. *(Siempre con mucha calma.)* Ahora mismo... Señor de Marzales... no hablo con el amigo, sino con el notario. Y digo. Hoy, 14 de mayo de 1945, Alberto García del Solar, estado casado, edad treinta y ocho años, profesión millonario... de-nun-cia... su matrimonio con Gabriela del Solar, estado casada, edad, según ella, treinta años, profesión... accidentalmente, Presidente de los Consejos de ministros de España.
- GAB. *(Un poco emocionada.)* Alberto... ¿Hablas en serio?
- ALB. Hay edificios donde sólo se debe hablar en serio y este es uno. *(A Marzales.)* Le ruego levante acta. *(Marzales se sienta en la mesa y se dispone a escribir.)*
- GAB. *(Amenazadora.)* ¡José Antonio!
- MARZ. Gabriela... El amigo ya se ha ido. Aquí sólo queda el notario.
- GAB. Bien. En ese caso quiero que conste que la que denuncia primero nuestro contrato matrimonial, soy yo... que conste así en el acta. *(Marzales consulta con la mirada a Alberto.)*
- ALB. No es rigurosamente exacto... pero no hay inconveniente. El desarreglo de los factores no corrompe el producto, como dice un refrán bien español. *(Pausa. Marzales escribe. Gabriela, muy nerviosa, pasea por el cuarto dirigiendo miradas terribles a Alberto, que muy tranquilo fuma sentado en un sillón.)*
- MARZ. ¿Quieren ustedes hacer el favor de ver si está

bien? (*Alberto y Gabriela se ponen de pie cada uno a un lado de Marzales y leen a media voz el acta.*)

- GAB. Conforme.
- ALB. De acuerdo.
- MARZ. ¿Hacen ustedes el favor de firmar? (*Gabriela firma de pie y con tal rabia que rasga el papel.*)
- ALB. (*Sentándose para firmar con toda calma.*) ¡Oh!... ¡Haro to el documento! ¿Considera usted, señor Marzales, que es válido todavía?
- MARZ. Es un rasguño sin importancia.
- ALB. ¿Rasguño? No recordaba esa palabra. ¡Yo hubiera dicho... zarpazo! (*Gabiela le mira furiosa. El firma lentamente, sin hacer caso.*)
- MARZ. (*Recogiendo el documento.*) Y ahora, permítanme ustedes que les haga la pregunta obligatoria que señala la ley para estos casos: Gabriela del Solar y Unquera. ¿Persisten ustedes en su determinación de dar por concluso su matrimonio?
- LOS DOS. Persistimos.
- MAR. En ese caso... Una vez cumplido mi triste deber...
- ALB. Cumplir un deber nunca es triste...
- MARZ. Pongamos desagradable...
- ALB. Pongamos...
- MARZ. Gabriela. (*Le besa la mano.*) Alberto. (*Se la estrecha.*) Buenas tardes... (*Hace una inclinación y sale.*)

ESCENA IX

ALBERTO y GABRIELA

(*En cuanto se quedan solos, Alberto vuelve a sentarse tranquilamente en un sillón. Gabriela pasea por el cuarto como un tigre enjaulado.*)

- GAB. (*Parándose ante Alberto.*) ¿Y se puede saber por qué has querido romper nuestro matrimonio?

- ALB. Voy a contestar. (*Se quita el monóculo, tira el cigarrillo, guarda con todo cuidado la boquilla en su estuche y dice:*) Porque no puede aguantarte...
- GAB. ¿Ah, sí?... ¿Desde cuándo?...
- ALB. ¿Cuánto tiempo hace que eres Jefe del Gobierno?
- GAB. Hace trece meses...
- ALB. Pues desde entonces...
- GAB. Y no pudiendo aguantarme has vivido a mi lado estos trece meses, con caras sonrientes... con caricias... con mimos... hasta con apasionamiento... no lo niegues... con apasionamiento a veces...
- ALB. No lo niego...
- GAB. ¿Y por qué, si me detestabas?
- ALB. Era mi obligación esperar a que pasaran los dos años. Servicio obligatorio. Hoy he cumplido y me licencio...
- GAB. ¿Serías tan amable que me dijeras los motivos por los que te resulto inaguantable?
- ALB. Nada más justo... (*Saca un papel del bolsillo y lo lee como para recordar.*) Primer motivo: Por egoísta...
- GAB. ¿Egoísta, yo?
- ALB. Egoísta, tú...
- GAB. Pruebas... pruebas...
- ALB. En estos trece meses todas las manifestaciones de ternura entre nosotros han tenido lugar en los días y horas que te convenían a tí y al Gobierno. Cuando la iniciativa partía de mí, fracasaba lastimosamente...
- GAB. Si llamas egoísmo a la razón de estado...
- ALB. Otro motivo: Por excesivamente coqueta...
- GAB. ¿Coqueta?... ¿En qué sentido?...
- ALB. Yo temo que en los cinco...
- GAB. Expílicate...
- ALB. No hace falta... Recuerda...

- GAB. ¡Ah!... Comprendo!... Tú llamas coqueta a una mujer que la gusta flirtear un poco con algunos hombres...
- ALB. Ese algunos es de una modestia que te honra...
- GAB. Bueno, pues con muchos... ¿y qué?... Eso qué tiene de particular... y menos ocupando el cargo que ocupo...
- ALB. Desocúpalo...
- GAB. Qué más quisiéras tú... ¿De manera que no voy a poder ya ni flirtear?...
- ALB. Vas a poder. Pero con otro marido.
- GAB. Y te atreves a echarme en cara mis coqueteos que duran lo que una flor...
- ALB. Esa no es razón. Hay siemprevivas...
- GAB. ...tu... que te has permitido el lujo de ponerte al frente de una conspiración... contra mí... tu mujer... la madre de tu hijo...
- ALB. En efecto, he tenido ese honor...
- GAB. ¿Y tienes el cinismo de reconocerlo?
- ALB. Yo tengo siempre el valor de mis actos propios...
- GAB. ¿Y qué es lo que pretendíais con esa conspiración?
- ALB. Pretendíamos y pretendemos, justicia...
- GAB. ¿Justicia?... ¿Acaso no la hacemos?
- ALB. No. Lo vuestro es venganza.
- GAB. ¿Venganza?
- ALB. Sí. Yo tenía entendido que vosotras queríais la igualdad en el hombre. La i-gual-dad... Eso estaba bien. Era deseo natural. Deseo justo. El hombre estaba arriba, la mujer abajo. Llegáis al poder...
- GAB. Y ponemos las cosas en orden...
- ALB. Falso. Se vuelve la tortilla. Todo sigue como antes, sólo que al revés. La mujer está arriba, el hombre está abajo...

- GAB. ¿Y no es eso lo justo?
- ALB. No, lo justo sería que el hombre y la mujer estén los dos arriba...
- GAB. Eso no puede ser...
- ALB. Pues eso será.
- GAB. *(Irónica.)* ¿Y quién lo va a conseguir?
- ALB. Yo...
- GAB. ¿Tú?... ¿Cómo?...
- ALB. Echándote del Poder como te he echado del matrimonio...
- GAB. *(Furiosa.)* Pero tu no sabes, infeliz... que basta una orden... una palabra mía para...
- ALB. Esa orden no la darás... esa palabra no saldrá de tus labios...
- GAB. ¿No? ¿Por qué?...
- ALB. Porque en el fondo, tú me quieres a mí; hoy, más que nunca, porque no puedes vivir sin mí... Un beso puede cambiar la Historia Universal...
- GAB. Que yo no puedo vivir sin ti... *(Riendo muy nerviosa.)* ¡Que un beso puede cambiar la Historia Universal!... Déjame que me ría...
- ALB. Ríe... pero me quieres...
- GAB. ¡Ahora verás!... *(Llama al timbre.)*

ESCENA X

Dichos. UJIER y luego MARGOT

(Alberto sigue fumando en su butaca como si nada tuviera que ver con él lo que está pasando.)

- UJIER. ¿Llamaba usted?
- GAB. Sí. Llévase detenido a es hombre.
- ALB. Se dice «a mi marido».
- GAB. Ya no lo eres.
- ALB. Pero lo he sido.

- GAB. Bien. Llévase detenido a mi marido.
ALB. Si puede.
MARG. Traigo las esposas.
ALB. No. Con una tengo bastante...
GAB. ¿Entonces, vas por las buenas?
ALB. Tampoco. (*A Margot.*) Haga usted el favor de retirarse. (*Margot consulta con la mirada a Gabriela.*) La he dicho que se retire; ya la llamaré cuando la necesite.
GAB. Espera ahí fuera. (*Sale MARGOT.*)

ESCENA XI

ALBERTO y GABRIELA

- ALB. Piensa bien lo que vas a hacer. Aún estás a tiempo.
GAB. ¿A tiempo de qué?
ALB. De enmendarte. Mira que te puedes arrepentir...
GAB. ¿Pero te atreves a amenazarme?
ALB. Amenaza el más fuerte.
GAB. ¿Y quién lo es aquí?
ALB. Yo. No sabes el favor que te he hecho con no dejarme llevar detenido.
GAB. ¿Qué estás diciendo?
ALB. Escucha. Estais oprimiendo al hombre, mortificando al hombre, y el hombre se defiende, el hombre es el más fuerte.
GAB. Eso lo veremos.
ALB. Eso está visto. Vengo de una reunión de los Sindicatos. Están cursadas las órdenes. De no haber aviso en contrario, esta noche a las once, los diez millones de Sindicatos españoles, como protesta a vuestra política, se declararán en huelga de brazos caídos.
GAB. ¿Y esa huelga durará?

- ALB. Lo que dure vuestra política.
- GAB. No tendrán resistencia.
- ALB. Te equivocas. Las que no resistiréis sereis vosotras.
- GAB. ¿Nosotras? Qué equivocado estás... (MARIA ROSA entra. Entrega a Gabriela un fajo de telegramas oficiales y sale.)
- GAB. ¿Y dices que la huelga empieza esta noche?
- ALB. A las once.
- GAB. ¿Y no hay manera de conjurarla?
- ALB. Una sola.
- GAB. ¿Cuál?
- ALB. Que me prometas solemnemente... No; mejor dicho, que me jures como si fuera la constitución, que en lo sucesivo todas las medidas de Gobierno que tome el Ministerio que presides, las consultarás conmigo.
- GAB. Eso... nunca
- ALB. Está bien. Entonces, a las once... (Hace ademán de dejar caer los brazos.)
- GAB. ¿Y a mí qué?... ¿Y a mí qué? (Con rabia.)
- ALB. Gabriela, transigir es gobernar.
- GAB. ¡No quiero, no quiero y no quiero! Te detesto.
- ALB. Detéstame; pero transíje...
- GAB. ¡No, no y no!
- ALB. Con lo fácil que sería arreglar todo esto. Una sencilla promesa... Un poco de buena voluntad...
- GAB. Y un mucho de humillación...
- ALB. No; eso, no... (Se arrodilla a los pies de Gabriela.) Mírame... En nombre de ellos y de ellas; en nombre de lo bueno y de lo justo..., te pido que aceptes...
- GAB. (Tras unos segundos de vacilación.) ¡Alberto!... (Le levanta, y se abrazan.) Se hará como deseas: el hombre, arriba, y la mujer, arriba... ¿No es eso?

- ALB. Eso es...
- GAB. Telefonéo a Marzales que anule el acta...
- ALB. No...; antes...
- GAB. Ah, comprendo... Se acabaron los coqueteos... Si en el fondo el único que me gusta eres tú... Y pensar que hubieras sido capaz de sostener la huelga sabe Dios cuánto tiempo...
- ALB. No lo creas; estabas tan guapa, que ya empezaba a sentir veleidades de esquírol...
- GAB. ¿Telefonéo?
- ALB. No basta... Recuerda... (*Gabriela, muy colorada, se acerca a su marido y le dice una cosa al oído.*) ¿De veras?... ¿No me dirás nunca que no?... ¿Aunque haya crisis?
- GAB. Aunque haya crisis...
- ALB. Telefonéa...

ESCENA XII

DICHOS y MARÍA ROSA

- ROSA. Señora Presidenta... Avisan de palacio que Su Majestad espera a la señora Presidenta para despachar.
- GAB. Di que voy en seguida... Deja eso ahí... (*María Rosa deja sobre la mesa la cartera con la firma del día.*) Telefonéa al señor Marzales, y le dices de nuestra parte que queda anulado el documento que hemos firmado esta tarde... No te olvides... (*Sale MARÍA ROSA.*) ¿Quieres debutar en tu nuevo cargo viendo la firma de hoy mientras me pongo el sombrero?...
- ALB. ¿Hay algo importante?
- GAB. Asuntos de trámite...
- ALB. Entonces...
- GAB. No, no importa; míralo... Quiero que veas que es-

toy dispuesta a cumplir mi promesa... Vuelvo en seguida... (*Sale GABRIELA.*)

ESCENA FINAL

ALBERTO, GABRIELA y el UJIER

- GAB. (*Entrando con el sombrero puesto.*) ¿Has visto ya eso?
- ALB. Visto...
- GAB. ¿Conforme?
- ALB. Conforme...
- ALB. (*Besándola muy cariñoso.*) Hasta luego, mi Gabriela...
- GAB. Hasta luego... tirano... (*Le besa, coge la cartera y va a salir.*)
- UJIER. El automóvil de la señora Presidenta... (*Sale GABRIELA sonriendo a Alberto. Este en pie en medio del cuarto la mira marchar diciéndola adiós con la mano. El ujier al pasar la hace una reverencia de espinazo a todo trapo.*)
- ALB. Diga usted, Calixto.
- UJIER. ¿Qué desea el señor?
- ALB. ¿Usted sabe quien es la persona que acaba de salir...?
- UJIER. El señor está en broma... ¿No he de saberlo?
- ALB. Dígalo.
- UJIER. ¿Quién ha de ser?... Doña Gabriela del Solar... La mujer que manda en España...
- ALB. Pues ahora voy a decirle una cosa que puede que usted no sepa. Este señor que se queda, es el hombre que manda en la mujer que manda en España... (*Sale pasando por delante del Ujier que le mira asombrado mientras cae el*

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- «Corazón de mujer», comedia en tres actos.
- «La mujer misteriosa», comedia en tres actos.
- «Un autor en busca de seis personajes», humorada en un acto.
- «Baby», comedia en tres actos.
- «1945», comedia del porvenir, en tres actos.
- «La vuelta al redil», juguete cómico en tres actos.
- «En paz».
- «Julieta compra un hijo».

